

EL CORAZÓN OSCURO

CARMELO ANAYA

EL CORAZÓN OSCURO

ACTOS

EL CORAZÓN OSCURO

ACTO I

MARÍA

El muchacho mira la espalda del hombre, que se dirige hacia el servicio, ligeramente vacilante el paso; después se busca de soslayo en el espejo; su cara es fina y delicada, tiene la piel de una muchacha. Mira a los compañeros, que se distraen jugando con la máquina de bolas y bebiendo sus cervezas; el muchacho juguetea con el llavero en los dedos. Se acerca a un amigo y le dice algo al oído. Éste le deja una americana demasiado grande; sus menudas manos apenas sobresalen de las mangas. Recoge un trapo de cocina de encima de la barra y se lo pone al cuello y ensaliva su pelo con ademanes excesivos y se sienta en un taburete con la espalda apoyada en la pared y las piernas muy abiertas.

Enciende un cigarrillo, bebe cortos y amanerados sorbos de cerveza, abre desmesuradamente los ojos, se figura que mira imágenes sensuales. Y se levanta y acaricia los taburetes que le rodean donde reposan imaginadas nalgas, y extiende, seguro y obsceno, un dedo.

Los demás ríen a carcajadas.

El hombre del servicio mira desde la puerta entreabierta. Sus ojos no dan crédito. El estupor ha dibujado una mueca sorda en su cara. Tiene la boca abierta; mudo: una raja oscura que le parte la cara coloradota bajo los ojos espantados.

El hombre cierra la puerta del servicio.

El muchacho mira hacia la puerta que se acaba de cerrar. Un poco sorprendido al principio. Luego todos ríen más, si cabe, un poco por lo bajo.

Son peores que los viejos. Se creen que toda la vida es como ellos la viven ahora. No tienen consideración.

No quiero verlos. Me vuelvo a mi cocina porque no quiero verlos.

GARCÍA

El hombre del servicio ha cerrado la puerta entre las risas de los críos. Minutos después sale aparentando una entereza que no posee, se acerca a su cerveza y dice:

- ¿Os apetece una más?

María ha mirado con asco, pena o resentimiento. Luego ha vuelto a su cocina sin abrir la boca, con pasos cansados. La risa de los críos se hace más callada, más contenida y discreta, pero más honda. Se lo están pasando en grande.

Se lo tiene merecido. Uno porque no quiere pensar mal... ¿Qué esperaba? Ahora cualquier crío sabe más de la vida... Si se creía que iba a engañar a alguien...

Y si no es eso, peor; entonces es tonto.

María ha sentido pena. Ha cogido con rabia el trapo que había dejado el muchacho sobre la barra y ha entrado en su cocina. ¿Qué esperaba? El muy...

Lázaro ha sonreído al ver la broma; luego, cuando lo ha visto en la puerta del servicio se ha puesto serio de repente, como un crío al que pillan en falta. Lázaro no se ríe de la gente. No se ríe porque no puede.

LÁZARO

El hombre sale del servicio. Afirma el paso como lo haría un borracho, sin estar seguro de no vacilar. Sus ojos tienen un brillo húmedo de lágrimas contenidas; su cara el gesto fijado con dolor en un intento de contener los músculos. Su sonrisa es forzada y tiene el rostro aún más congestionado que antes. Pasa junto a nosotros, que estamos apostados en la barra, fijando los ojos al frente, a un infinito doloroso que no quiere oír la risa disimulada de nuestras caras.

Los invita a otra cerveza. Los críos no dicen nada cuando los convida, miran al suelo o se miran unos a otros de reojo. Les da vergüenza decir que sí y no se atreven a marcharse.

Después está cada vez más parlanchín y bullanguero. Bebe y sirve más cerveza que nunca. Reparte cigarrillos, aunque algunos le digan que no. Prende los cigarrillos y algunos críos se quedan con ellos en la mano sin saber qué hacer y apartando el humo de sus caras pálidas. Cliquea con el encendedor de oro y lo pasa de una mano a otra en una conversación inventada, excitada.

Se sube a un taburete y deja los pies colgando. Suelta el pañuelo que le rodeaba el cuello y resopla.

El hombre burla la vergüenza lo mejor que puede. Da fatiga verlo en medio de los críos, tan sofocado y aviejado, sabiendo que ellos no saben qué decir, sin saber él tampoco qué más hacer que vele la risa, sospechando que todos nos hemos dado cuenta.

Hay momentos en que deja de mirar a los críos. Alarga la humedad de los ojos hasta los espejos repartidos detrás de la barra y parece que está a punto de explotar en llanto contenido.

GARCÍA

Porque uno no quiere pensar mal de nadie. Pero la verdad... Lázaro lo mira sin tapujos. Tiene la copa de anís en la mano y lo mira mientras le da vueltas entre los dedos. Está divertido. Una alegría un poco triste, como si le diera pena y al mismo tiempo risa.

Desde que ha pasado no ha dicho nada.

María sigue en su cocina. Los ruidos que ahora llegan desde allí son ruidos lentos y espaciados; una especie de estridencia triste, que da pena también.

Ellos siguen con lo suyo. El hombre habla con voz fuerte, casi chillona, para que todos lo oigamos, como si no hubiera pasado nada, pero la procesión va por dentro. Gesticula. Los reflejos dorados del encendedor en la mano dibujan los gestos. De un lado a otro, como un péndulo. Los críos lo oyen con atención y una risa canalla que se les ve en los ojos cuando se miran unos a otros a su espalda.

Uno no quiere pensar mal, pero la verdad es que ya tanto, tanto... Es sospechoso. Vamos, digo yo. Además, los gestos del chaval iban por lo que iban, eso no lo puede negar nadie.

¡Claro! Ahora se tiene que quedar. Si se va no puede volver sin que se le caiga la cara de vergüenza.

El hombre restriega la mano en su pantalón. Como si la tuviera sudada. Fija los ojos en un muchacho cuando habla. No parpadea. Si parpadeara sus ojos se humedecerían y él no puede consentirlo. El crío se pone nervioso, balbucea y se interrumpe, parece que no sabe hablar. El hombre acaba por él la frase en un tono alto otra vez. Parece que quiere espantar la vergüenza hablando a voces.

Antes hablaba siempre con ellos, con moderación, en su rincón. Ahora les cuenta no sé qué de la cerveza negra y se entera todo el bar.

MARIO

Cogen los libros antes apartados sobre las mesas y las máquinas y se van con un adiós que no me mira a los ojos, un adiós tangente y esquivo que esconde una risa casi congestionada de tanto aguantársela.

Siento alivio cuando salen; un alivio de no tener que poner buena cara a los demonios. Ya ni sabía lo que les decía. El caso era hablar con ellos, de lo que fuera, mirarlos a los ojos; fijaba en ellos la mirada apretando el corazón con fuerza, con rabia, y con pena.

Ahora los veo salir, quedarse unos segundos tras la sucia puerta de

cristal del bar, en la acera, comentar entre risas sin pudor la gracia.

Pienso en la gente que queda. Seguro que lo han visto todo. Los ojos que tenía clavados, como puñales, y que aún tengo, no eran sólo de los críos.

Deseaba con todas mis fuerzas que se fueran para irme yo también. Daría cualquier cosa por estar solo. Pero no puedo irme ahora. Si lo hago no puedo volver nunca. Y pensarían cualquier cosa; lo más sucio.

Intentas ser de una manera y no te dejan. Si no los unos, los otros.

Me miran desde el rincón. Dos hombres. Lo que estaba diciendo...

Son los que siempre están aquí, parece que no tienen otra cosa que hacer. Seguro que sus pensamientos son tan sucios como su aspecto.

Voy hacia la cocina, donde está la mujer del bar, a pedir algo y me acerco a ellos. Que me miren.

Ahora no puedo irme.

LÁZARO

Está obligado a quedarse. Como dice García:

- Si se va ahora no puede volver sin que se le caiga la cara de vergüenza.

No tiene más remedio que aguantar el tirón, quedarse ahí mientras lo miramos con curiosidad y nos reímos por lo bajo. Él sabe que lo miramos. A veces se vuelve hacia nosotros, nos mira de frente, como retándonos a que sigamos mirándolo descaradamente. Otras, busca furtivamente nuestros ojos en los espejos que hay tras la barra, entre las lejas de botellas.

Restriega las manos en la pernera del pantalón. No ha hecho nada y tiene el aspecto congestionado de haber corrido como si lo persiguiera el mismo diablo. Se mesa los cabellos intentando aplacar un peinado deshecho. Luego pasa la mano una y otra vez por la barra, como si limpiara restos de comida y se limpia los labios con servilletas de papel que luego rasga y tira al suelo.

- ¿Me pone un café?

Lo dice en voz alta, para que lo oiga María, que está en la cocina. María sale con un trapo en las manos y lo mira un segundo.

-¿Me pone un café? - repite con voz tranquila.- Por favor.

- Enseguida.

María se acerca a la cafetera, cuyo acero antiguo tiene reflejos

mates.

El hombre está ante la barra, de pie, demasiado erguido para ser natural su postura.

Se limpia los labios con una servilleta. Tiene una voluntad áspera de permanencia. Como una bestia apaleada que no se mueve.

María le sirve el café.

GARCÍA

El hombre está jodido, de eso no hay duda. No para de moverse, como una cola de lagartija. Se va a reventar los labios de tanto limpiárselos con las servilletas de papel. Hay que reconocer que tiene aguante. El hombre se queda ahí, en medio de los que estamos aquí todos los días, hartos de ver su cara ya y sospechando lo que él sabe. Porque no me digas que no lo sabe. Es como dice Lázaro:

- Parece que le gusta que lo miremos.

No le gustará, pero no se va. ¿Cómo se va a ir? Si se va no puede volver sin que se le caiga la cara de vergüenza.

Y el hombre nos mira, a ver si nos hemos dado cuenta. Habría que estar ciego para no darse cuenta.

Pero dime con quién andas y te diré quién eres.

-Y él no es ningún crío.

¡Da asco!

Lázaro lo mira y sonríe cuando se lo digo.

No sé por qué da más asco, si por lo que parece o por lo otro. Porque hay que tener aguante. Hay hombres que sirven para aguantar lo que les echen, incluso que unos críos los pongan en ridículo. Otros no servimos para eso. Yo cojo al crío, por muy crío que sea, y lo estrello contra la pared. María le sirve el café con una sonrisa que nunca le habíamos visto. ¡Qué amable se ha vuelto de pronto! Claro, como no es peligroso.

Lázaro se parte de risa.

Éste ya tiene su sambenito colgado del pecho. Como una medalla. Todo el mundo tiene un sambenito, pero éste es de los peores.

El hombre nos mira cada vez que oye nuestras risas. Es como un sexto sentido que se hubiera desarrollado en unos minutos, de repente: Saber cuándo se ríen de él.

Sabe dolerse. Se ve que no es la primera vez.

LÁZARO

Se quita la chaqueta. Es como desnudarse del todo y que lo veamos entero y descarnado. Ha perdido el pudor. Deja que lo veamos sin la chaqueta de colores chillones que siempre lleva, sin el pañuelo que oculta su corto y robusto cuello y que sin duda esconde a propósito.

También es el sudor de la vergüenza, ese rubor rojo que se ha puesto en su cara como un maquillaje excesivo desde que salió del servicio.

Acepta verse humillado entre nosotros, como antes nos miraba directamente a los ojos. Es una callada reivindicación de honor herido lo que le hace permanecer erguido ante la barra, entre las miradas suspicaces y sonrientes, aceptando lo que venga. Tiene que aguantar el tirón.

- Dime con quién andas y te diré quién eres -dice García.- Y él no es ningún crío -añade.

Luego dice: No sé si me da más asco por lo que parece o por lo que aguanta. Anda que yo le iba a consentir eso a nadie. Lo partía en dos.

Es como si se hubiera quitado una máscara. Cuando aparta la chaqueta y la coloca sobre un taburete. Su figura, antes petulante, estirada, se abre ahora en una carne blanda que se derrumba bajo la camisa de seda, casi trasparente. La barriga prominente, el cuello corto y recio, la camisa ajustada a los anchos brazos. Es la inconsolable visión de un hombre entrado en años y carnes que se vuelve más ridículo cuando uno recuerda lo que aparentaba.

- Éste ya tiene un sambenito colgado del pecho, como una medalla -dice García.

Yo me río. El hombre, instantáneamente, mira hacia nosotros. Pero no hay en su mirada un reto o una amenaza, sino una angustia de comprobar si él provoca nuestra risa.

María le lleva el café. El hombre bebe con sorbos cautos, casi soplando el humeante líquido. Enciende un cigarrillo. Aspira el humo con caladas hondas, casi suspirando.

El hombre tiene el aspecto de quien ha recibido una paliza.

MARÍA

Le sirvo el café y le sonrío. El hombre me mira un segundo a los ojos, antes de desviarlos hacia el café y darme las gracias tímidamente, apenas articulando las palabras, casi sin mover los labios.

No quiero cobrárselo, pero el hombre pone enseguida unas monedas sobre la barra. Podría ofenderse si no le cobrara. Conozco a los clientes. Sé que pensaría que no le cobro por lo que han hecho los críos y eso lo pondría peor. Peor de lo que lo está pasando.

Me mira otra vez cuando le devuelvo el cambio. Me ve sonriendo, pero él no sonríe. Da otra vez unas gracias apocadas, sin mover los labios y sin palabras.

Recojo las monedas con dedos amarillos del azafrán. No hay forma de quitarse el color amarillo del azafrán. No huelen a nada. A nada que no sea la cocina, pero no hay forma de quitarse el color amarillo de los dedos. Por mucho que restriegues no se va.

Cuando el hombre ve los dedos amarillos escondo la mano. La restriego en el mandil, casi escondida debajo de la barra para que no la vea.

El hombre tiene colores en la cara. Unos rosetones fuertes y duros en las mejillas, colorados, como si estuviera a punto de reventar. Parece un niño gordo y vergonzoso.

Enciende un cigarro. Mira a García y a Lázaro, que se ríen en su rincón. Da lástima ver al hombre, se asusta por cualquier risa como un perro de un palo. El hombre fuma nervioso. Da pena.

Después me acerco a García y a Lázaro. Les veo sus caras, que están dejando de reírse, como un muñeco que vuelve a su posición original. Me duele verles la cara así, desfigurada y poco a poco recomponiéndose. Después de la carcajada, García fuma de su cigarrillo y Lázaro bebe de su copa de anís. Ellos no son mejores, pienso. Ellos no son mejores por mucho que piensen del hombre.

Mientras camino me vuelvo a mirar al hombre. Me está mirando con fijeza, como si mirándome y haciendo que todos lo vean mirarme alejara las risas de los críos. Desvía la cara cuando yo lo miro. Se queda de pie ante la barra, como si estuviera pegado a ella, sujeto por una correa invisible. Si no, se caería. Tiene una expresión helada y pensativa en la cara de blanda y gruesa carne.

GARCÍA

María se acerca con paso lento y cansado. La ligera tela de su bata

sin mangas amplía como un eco de la carne los movimientos densos de su cuerpo.

Se sienta a nuestro lado. Se echa hacia atrás y su carne se llena de aire en un gran suspiro y luego emerge de su espacio rompiendo mis ojos que la miran.

Abre su cabello tintado y revuelto con los dedos, y un mechón cae sobre su frente un poco sudorosa. Luego bebe de su vaso de agua.

- Qué amable te has vuelto con los desconocidos.

- No es un desconocido, ha venido muchas veces.

- Ahora, ahora con los críos.

- No, antes también venía. Todas las semanas. Es amigo del Gordo.

María le ha llevado el café al hombre. Le ha sonreído dulcemente como nunca nadie la ha visto. Le ha acercado servilletas para que él continúe limpiándose los labios una y otra vez hasta que los deje en carne viva, o para que se limpie las manos, sudadas por los nervios, que luego pasa por la madera de la barra limpiando no se sabe qué.

- Le has servido como si fuera un príncipe -dice Lázaro.

- A lo mejor lo es -replica María, mirándose las manos que une en su regazo.

- Sí. El príncipe de la infancia -digo.

- Como el de las galletas -dice Lázaro.

Los dos nos reímos con ganas.

María nos mira con dureza. Luego baja los párpados, como si la cosa no tuviera remedio.

- !Lo que han hecho esos niñatos!

- Él se lo ha buscado.

- Eso no se le hace a nadie, para que se entere todo el mundo.

Lázaro se ríe por lo bajo.

- ¡Y tú no te rías! -le espeta de pronto María. Lázaro se calla como si se hubiera quedado sin respiración. Recompone el gesto serio y mira al hombre.

Lázaro cambia el gesto en un segundo, como si lo que piensa o siente un segundo después no tuviera nada que ver con lo que pensaba o sentía un segundo antes. Es como si interrumpiera de golpe y porrazo todos sus pensamientos y pasara a otra cosa en un santiamén.

Se ríe con la boca muy abierta y luego se queda callado y serio, los

labios apretados y una expresión de lejanía en la cara huesuda como si estuviera mirando más allá de las paredes.

María sigue callada, mirando su vaso de agua.

Yo la miro de reojo. Tiene los párpados entornados y la barbilla descansando en el escote, en la carne que luego cierra su bata a la altura de los pechos. Me escondo en la textura pálida y gruesa de su carne, en el brillo húmedo de la piel. Apago el cigarrillo y aspiro fuerte hasta que la huelo.

-Él no vuelve; eso seguro -comento, por decir algo y por continuar con la conversación.

- ¿Por qué no va a volver? -dice María, picada.

- Porque se le caería la cara de vergüenza.

- Se le tenía que caer a esos niñatos, no a él, que no hacía nada malo.

- A lo mejor venía aquí a ver si podía hacerlo.

- ¿Hacer qué?

- Lo malo.

- ¡Qué asquerosos!

Un momento después María se vuelve y mira al hombre con curiosidad. Lo mira unos segundos, después me mira a mí. Lázaro y yo nos reímos. Ella sonríe picarona y dice:

- ¡Qué malos sois! En cuanto veis a un hombre sin una mujer....

- Es un buen motivo.

- ¿Un buen motivo para qué?

- Para ir sin una mujer - explico sonriente.

Lázaro se ríe de nuevo. María le hace un gesto con la mano.

- Que te va a oír.

Nos cansamos de mirarlo, aunque el hombre no se mueve y simula ignorarnos. Poco a poco el espacio entre los tres se llena de silencios. María se levanta y enciende la televisión. Hay un programa que miramos y que llena el bar de resonancias huecas, como un eco subterráneo. Sólo una mesa donde tres personas no hablan y un hombre solo al final de la barra se lame sus heridas como un gato.

Las luces cambiantes de la televisión se reflejan en nuestras caras inmóviles, dándonos una vida muerta, poniendo en nuestros rostros gestos impensables y mudos. Las luces del bar son cenicientas, como si

quisieran apagarse de cansancio, como si nos dijeran adiós.

El hombre se acerca y le pregunta a María por el periódico. María le dice que mire debajo de la barra. La cara del hombre ha ensayado un gesto para mirarnos. Un gesto que ya no tiene cuando lo veo de perfil buscando sin demasiado entusiasmo tras la barra.

El hombre no encuentra el periódico y vuelve a su sitio, frente a su copa inacabable. Esta vez coge un taburete y se sienta en él. Ha perdido un poco de esa rigidez anterior. María apoya un codo sobre la mesa y la cara en la mano. Viéndola pienso que ninguno hacemos nada aquí y que ninguno queremos irnos. Miramos la televisión como miraríamos cualquier otra cosa que nos retuviera, esperando que no acabe, que no haya una interrupción que nos obligue a marcharnos.

Lázaro fuma, vuelto su asiento hacia la televisión y mirando de cuando en cuando al hombre. El hombre fuma un cigarrillo tras otro.

La noche y el vacío dejan un aire frío en el bar que se encarna en la piel desnuda de los brazos y el escote de María. Llega un leve olor a sumidero del servicio mezclado a los olores de repente fríos y desangelados de la cocina. El bar se alarga, estrecho y penumbroso, desde la acristalada puerta. En la entrada quedan encendidas las luces de colores de las tragaperras que suenan a ratos con su musiquilla repetida. La barra se alarga casi tanto como el bar, hasta la cocina. Y al otro lado, las mesas y los sillones bajos, tapizados de un raído terciopelo rojo, hasta el servicio. Por las paredes, fotos de una ciudad que da nombre al bar. Con un puerto antiguo desdibujado en la neblina y láminas satinadas y brillantes de falsos platos combinados y bocadillos que nunca existirán.

María apenas sale de su cocina. Cuando lo hace, como esta tarde, mira a su alrededor, hace como que no nos ve y vuelve a ella con un trapo en las manos.

Sólo a media tarde, cuando baja la persiana metálica, viene y se toma con nosotros un café con leche. Apaga la televisión y pone la radio y oye canciones de su época que es también la mía. La calle se amortigua tras los cristales en penumbra y el frío que se queda en el bar es cómodo como el de una casa.

Luego cae la noche, el bar se llena otra vez de ruidos de la calle y de la gente que entra y sale, y de humo, y de ajetreo de vasos y platos, y luces indirectas y conversaciones intermitentes y programas de radio que nadie escucha; el suelo barrido por María se cubre de una espesa capa de barro, de colillas aplastadas y servilletas de papel arrugadas como lirios sucios, y todo, poco a poco, va disminuyendo, agotándose, como una radio a la que progresivamente se baja el volumen; las

conversaciones se amortiguan o se apagan como velas, los ruidos crispados, nítidos, del chocar de vasos y platos se dilatan en una especie de silencio, como filos cortantes que anuncian el final; de los taburetes, de las mesas, de la barra, van desapareciendo las figuras como fotografías sucesivas cada vez más desnudas, y el suelo reaparece a tramos como una piel sucia que se desprende del légamo que la cubre; entonces un silencio pesado, como el de ahora, se abre entre nosotros y nos quedamos un rato callados, con la última copa que no queremos apurar.

Más tarde María suspira y es el adiós reconocido y prolongado de todas las noches.

Lo dijo Lázaro una vez:

- No nos queremos ir porque a nadie le espera ninguna clase de felicidad fuera de aquí.

Estaba borracho y decía la verdad.

MARÍA

Aquí nadie es mejor que nadie. ¿Y por qué no va a merecer ese hombre que lo trate como a un príncipe? Aquí todo el mundo es igual. Conque pase por la puerta todo el mundo es igual.

Y ellos no son mejores que nadie. Se quedan aquí, conmigo, porque no tienen dónde ir. Y no es que yo no se lo agradezca. Los convido y eso. Pero es porque no tienen dónde ir; si lo tuvieran, adiós María. Como si no lo supiera.

Vete tú a saber dónde viven. O cómo. Se quedan mirando la televisión, sin que les interese, fumando y bebiendo hasta que les digo que hay que cerrar. Se levantan con desgana y se acercan a la barra, estiran las piernas y ponen unas cuantas monedas con las que han comprado la copa última que nunca quieren acabar y un rato de no estar solos. Después seguirán por ahí, emborrachándose.

La verdad es que si no se quedaran yo tendría que cerrar antes. Y hay que cumplir un horario. Así que tampoco viene mal.

La vida es así, se compra un rato de compañía siempre.

Casándote o pagándolo al contado.

Me ayudan a echar el cierre, eso sí, que la persiana metálica pesa mucho. Y siempre me acompaña alguno a coger el taxi. Lo que pasa es que cuando viene Lázaro conmigo me pone nerviosa, siempre arrastrando la pierna, el pobre.

Hablan poco. Tampoco son muy divertidos. Esta noche sí han reído más a costa de este hombre, que sigue allí perdido al final de la barra, como un loco, sin moverse, sin ir siquiera al servicio.

Por lo menos no estoy sola. Por la noche a veces entran borrachos tardíos que se ponen muy pesados. Es mejor que no esté sola.

GARCÍA

Venga, Lázaro, vamos a tomarnos un güisqui, que mañana tengamos algo que contar.

Lázaro me mira sobresaltado. Estaba tan quieto como si estuviera dormido, vuelto hacia la televisión.

- ¿Otra? -pregunta María.

- Bueno.

- Esta noche nos vamos a tomar un güisqui. Del bueno ¿eh?.

María se levanta empujándose con sus amplios brazos sobre la mesa. Camina lenta hacia el interior de la barra, arrastrando los pies. Antes de entrar tras la barra rodea al hombre, que continúa allí, en el extremo, tomando una copa. El hombre no la mira, tiene la cabeza inclinada hacia el suelo.

Lázaro mira al hombre. Tiene la misma expresión concentrada de antes.

María pone sobre la barra la botella de güisqui y dos vasos y entra en la cocina. Lázaro se levanta rápido, hace el gesto de articular su rodilla metálica como si nada, apenas visto, apenas se oye un clic metálico, y coge los vasos y la botella. Mira al hombre mientras vuelve a la mesa.

Lázaro se sienta. Hace un gesto con la mano en la que tiene la botella. Yo me encojo de hombros. Llena los vasos y los elevamos.

- Por María, que nos trata como a príncipes.

Lo digo en voz alta para que me oiga María.

El güisqui tiene un sabor áspero que abre la garganta y el pecho. Uno se siente mucho mejor.

Lázaro bebe a pequeños sorbos. Vuelve a mirar al hombre y yo también me vuelvo. El hombre está buscando algo. Lázaro vuelve a llenar mi vaso y se levanta con la botella en la mano. Se dirige hacia el hombre que se vuelve a sentar en su taburete, frente a la barra.

Lázaro deja la botella a su lado y le dice:

- ¿Buscaba el periódico?

El hombre lo mira con un estupor desproporcionado. Tiene la cara colorada como un tomate, las cejas espesas son dos manchas negras sobre los pequeños ojos hundidos y la boca una humedad rosa y negra, entreabierta, entre las mejillas flácidas. El tintado cabello negro del hombre, escaso, peinado hacia atrás con esmero, despeinado ahora, le da un aire de caricatura a su rostro.

LÁZARO

Al cabo de un rato vuelve a buscar el periódico. Como si no pudiera justificar su presencia desolada y un poco sucia al otro lado del bar. Sirvo güisqui a García, señalo al hombre con la botella aún en la mano y García se encoge de hombros.

El hombre se sienta de nuevo ante la barra, sin periódico. No lo ha encontrado. Enciende un cigarrillo, fuma con caladas cortas y expulsa pronto el humo con fuerza.

Me levanto y me acerco. Dejo la botella al lado de su vaso. El hombre me mira, sobresaltado.

- ¿Buscaba el periódico? -le pregunto.

El hombre me mira como si le estuviera pidiendo la luna. Tiene la cara colorada, como de un sofoco. Se queda unos segundos callado, sin saber que decir.

- Sí. -Finalmente habla, con voz quebrada, y carraspea fuerte. Sí -dice otra vez, aclarándose la garganta.

Me acerco a la entrada, donde están los barriles de cerveza y las cajas de bebidas amontonadas. Tirado en un hueco está el periódico, arrugado y sucio. Se lo acerco al hombre.

- Gracias.

- ¿Quiere tomar una copa? -le digo.

El hombre se esfuerza en sonreír y le sale una expresión intermedia, entre sonrisa y llanto.

- Bueno.

Los ojos del hombre, pequeños y enrojecidos bajo las espesas cejas negras, brillan. Un brillo opaco de ojos cansados de mirar la nada tanto rato.

MARIO

El hombre me dice:

- ¿Buscaba el periódico?

Lo miro a la cara. Tiene una cara larga, seca, color de palo, con unos ojos oscuros muertos entre la carne.

- Sí -le digo.

Tengo que carraspear para aclarar la garganta seca y que se me entienda. Me cuesta hablar después de tanto rato de rumiar los pensamientos en el maldito taburete, mirando los brillos mugrientos del bar.

El hombre se acerca a la entrada y de entre un montón de barriles de cerveza y cajas de bebidas saca el periódico, que da asco tocarlo, y me lo trae.

- Gracias.

- ¿Quiere tomar una copa? -Me dice, empujando la botella que había dejado a mi lado.

Le digo que sí. El hombre viste de un negro riguroso, como si estuviera de luto. Acepto la copa y el hombre entra tras la barra y busca una copa para mí. La llena asiendo la botella por el cuello, empinándola mucho.

- Por el bar - brinda el hombre.

Yo no digo nada. Levanto la copa y bebo. El güisqui reanima mi cuerpo como si recibiera un latigazo de calor. Siento al principio escalofríos, luego un calor ácido en el vientre. Me levanto y me pongo la chaqueta. El hombre me dice:

- ¿Es que se va?

- No, es que hace frío.

La mujer sale de la cocina y se acerca al otro hombre, que sigue en su mesa bebiendo y mirando la televisión.

En el bar se amortigua nuestra voz como en una oquedad aislada. Un vacío tan sólo colmado en cada mirada del recuerdo de esta tarde.

Oí al hombre de negro y al que está con la mujer reír. Los vi mirarme. La mujer me sirvió sonriéndome. Ellos me miraban desde el otro lado del bar, cuchicheando. Luego la mujer se ha ido con ellos y han dejado de reír y de mirarme.

GARCÍA

María sale de la cocina y se sienta a mi lado. Miramos la televisión. Ella se inclina sobre un café con leche y da vueltas y vueltas a la cucharilla disolviendo el azúcar. Tiene los ojos bajos, fijos en el café con leche.

Me vuelvo buscando a Lázaro. Está con el hombre, al final de la barra, acodados uno frente al otro. Lázaro, de espaldas, con su ropa negra y la pierna rompiendo la continuidad de su cuerpo, es una alta y seca figura trágica, como un pájaro de mal agüero.

Lázaro haciendo su obra buena del día, sintiéndose cercano al hombre que le habrá hecho recordar la primera vez que él vino al bar, su patético gesto de entonces, repitiendo la historia ahora.

Vino con su grueso calzado, sus gruesos pantalones negros, su camisa negra abrochada hasta el cuello y la chaqueta también negra colgada del brazo. Entró detrás de la mujer. La mujer también vestía de negro, de arriba abajo. Todo el mundo se quedó mirándolos. La mujer se sentó y Lázaro fue corriendo a pedir la comida. Ella no lo miraba. No decía ni media palabra.

La mujer inclinó la cabeza sobre un plato de sopa hirviente, elevándose el humo como si brotara de ella misma, por su pelo negro rematado en un moño pasado de moda.

Lázaro no probó su comida. Pendiente de cada gesto de la mujer, no dejaba de mirarla. Luego ella se levantó sin decir nada y se marchó sin pagar. Lázaro lo hizo y corrió lo más rápido que le permitía su pierna, dando saltos y moviendo mucho las caderas, con patéticos movimientos de muñeco roto. En la puerta la cogió de la mano. La fría mirada de la mujer de negro se clavó en Lázaro como un cuchillo de desprecio. La mujer desapareció y Lázaro se quedó clavado ante la puerta, con su sombra bajo él como un charco de sangre, con el color de la cara como si la mujer lo hubiera disecado de una mirada.

Su figura negra ante la incandescente luz de la puerta, tras la cual brillaba el asfalto calcinado por el sol de agosto como una lámina de metal caliente, y una estrecha hilera de árboles aplastados entre las dos vías como una hoja seca y olvidada entre las páginas de un libro.

Fue la primera vez que lo vi.

Estuvo un rato delante de la barra, bebiendo un vaso de agua. Luego se fue, clavando los ojos en el suelo como un animal sin rumbo.

Lázaro volvió al día siguiente. La esperó hasta la hora del

almuerzo. Ella vino y no lo miró siquiera al pasar a su lado.

Entró con su boina roja, la cara huesuda como una calavera, el negro que vestía como una aureola de aspereza.

No lo miró ni una sola vez, como si no existiera. Lázaro, inclinado sobre la barra, viéndola indirectamente en los espejos del fondo porque no se atrevía a mirarla cara a cara, inquieto y pendiente de sus gestos, esperaba una palabra de gracia.

Eran dos insectos negros en el bar atestado de gente, colmado de ruidos y de un bochorno de verano que se congestionaba con los humos de la cocina. Y ellos con sus gruesas ropas negras, cada uno a un lado, abrigados inconcebiblemente, como si temieran a un frío pasado que tendría que volver, a un frío siempre por venir.

Era grotesco ver a la mujer hundida en el taburete corrido, sobre el mantel de hule la cara dura, casi de hombre, bajo la boina roja.

Ella se iba sin decir una palabra. Pasó junto a Lázaro y tiró con desprecio una moneda a sus pies. Lázaro la recogió; con ella en la mano fue a decirle algo a la mujer, que lo miraba fijamente. Parecía un mendigo que acabara de recibir una limosna humillante. La mujer le dijo algo. Lázaro se quedó con la boca abierta y la mano extendida con la moneda en la palma. La mujer salió y él permaneció inmóvil un tiempo mientras la veía alejarse.

Más tarde María le pondría un café con una sonrisa y un poco de conversación y Lázaro volvió cada día un poco más temprano, como un perro callejero que se acostumbra a que le eches los desperdicios.

María está a mi lado, callada. María nunca ha tenido esas amabilidades conmigo. María, en cuanto los ve débiles o idiotas se siente como una madre.

Como ahora, que está mirando alternativamente la televisión y su café con leche, con gesto cansado y sin decir nada.

De pronto se frota los brazos desnudos.

- Hace frío.

- Nos hemos quedado solos. Está vacío.

- Ya.

- Menos ellos -le digo. Y señalo con la cabeza.

- Bueno, no hay prisa.

Lázaro y el hombre hablan uno frente al otro, acodados en la barra. El hombre le dice algo a Lázaro y le pone la mano en el hombro intentando innecesariamente llamar su atención.

- ¿Quieres echarte mi chaqueta por los hombros? -le digo a María.

Ella frota de nuevo sus brazos desnudos con las manos cruzadas. Veo cómo la piel de sus brazos desnudos, de su escote, se levanta, se eriza como si la besaran. La tengo tan cerca que puedo verlo.

MARÍA

Cansada y casi triste. Junto a García, que me ofrece su chaqueta porque tengo frío. Es tan triste el bar vacío. Cualquier bar vacío es triste, es como una casa sin niños. Es cansado cuando hay gente, pero al menos hay ruido. Ahora está frío como un panteón. La voz de la tele resuena en las paredes.

García alarga la mano y coge su chaqueta. Me la echa por los hombros. Noto sus manos, que se quedan un segundo de más en mis hombros.

Después vuelve a callarse y bebe de su copa y dobla servilletas sin propósito que luego arruga entre los dedos y echa al cenicero.

Ya no hay nadie en el bar, excepto nosotros y Lázaro y ese hombre. Si una no piensa que suena la tele, el silencio del bar, frío y duro, es una paz cruda, de abandono, una paz que no es silencio, sino que está callada, como García y como yo.

Tengo las manos entrelazadas bajo la mesa. Me echo hacia atrás y cierro la chaqueta de García sobre mi pecho. Pongo las manos alrededor de la taza de café con leche. Todavía está caliente y siento el calor en mis dedos. No se va el amarillo de los dedos, por mucho que restriegues.

LÁZARO

No es sencilla la lástima, la vergüenza de soportar el vínculo de la pena, sentir que no hay más valor que un antiguo sentido de protección o agradecimiento, vivir en el permanente fracaso de la ausencia que se siente próxima y volver cada día más cruel que el anterior, devolviendo con rencor el oprobio de la compasión.

Busca un cigarrillo en el bolsillo de su americana y se la pone de nuevo, en un acto de pudor. Nos servimos otra copa y brindamos.

- Por el bar.

- Por los bares -rectifica después.

El hombre se acoda en la barra, frente a mí. Pienso que somos

simétricos respecto a la botella, que está en la barra, medio vacía, entre los vasos y nosotros.

El hombre tose.

- ¿Te molesta el humo?

- No. No importa. Si yo fumo mucho.

Y me enseña el cigarrillo.

Cuando deja de toser fuma de nuevo. Tose una vez más. Yo también enciendo un cigarrillo.

- No puede uno dejar los vicios -le digo.

El hombre me devuelve la mirada y su expresión se paraliza un segundo, pensativa. Luego sonríe.

- Por algo será -dice al fin, sonriendo levemente.

El hombre sacude el polvo de su americana. Se llama Mario.

- Como María.

- ¿La mujer del bar?

- Sí.

Mario mira hacia donde está María. Pienso que los dos, María y Mario, son anchos de cuerpo, con una tendencia al color de la piel colorado que los hace más vivos, como niños gordezuelos. La primera vez que vi a María venía con aquella mujer de negro de la que no quiero acordarme. El contraste de María con ella era tan intenso que en cuanto la mujer se fue y María se acercó a mí, que me miraba todo el mundo, como esta tarde a Mario, y me preguntó qué quería y me sonrió, creía ver a la mujer más amable del mundo. Los dos tienen dos graciosos rosetones en las mejillas.

Conforme avanza la noche la piel de Mario se vuelve más lívida, volviendo el frío a ella como cuando se tiene fiebre.

- ¿Lo molesto?

- No, qué va.

- A lo mejor prefiere beber solo.

- Al contrario.

Mario se muestra solícito. Extraordinariamente atento, como si intentara borrar de mi recuerdo las risas de la tarde con su conversación y su continua sonrisa. Una sonrisa leve, triste, pero que busca compañía.

En los momentos de silencio mira su copa y tintinea con los dedos

en el cristal; después me mira un segundo, buscando la expresión de mi cara y dice algo que rompe el silencio.

- ¿No te espera nadie?

- ¿Y a ti?

- Tampoco.

Nos tuteamos de repente, sin ambages ni disimulo ya.

Mario mira la madera de la barra, comida del uso y del tiempo.

- A los hombres como nosotros nadie los espera -digo.

Mario se queda prendido a mis ojos, con una insistencia asombrada, buscando un significado a mis palabras. Después desvía la mirada y dice:

- A los hombres, cuando se nos pasa la edad, nadie nos espera.

- Por eso estamos aquí.

Mario sonríe amplia y tristemente y bajo sus ojos surgen arrugas que ya no disimulan el leve maquillaje. Su cara tiene el aspecto de un fracaso culminado en llanto. Pero sus ojos están secos. Ha resistido.

- Los niños. Esos sí que son buenos -digo. En mis palabras hay un eco del dolor y un reconocimiento implícito de saber, pero también un aliento de comprensión última, de recriminación a la ignorancia de la devoción.

- No son malos -dice Mario. Sólo que ya no es como antes. Ahora no hay disciplina ni respeto. Antes los críos miraban a sus mayores como un modelo, aprendían de su experiencia. Eso se ha acabado, ahora se les permite todo y están como pequeños salvajes. Se ríen de todo.

Mario lo suelta todo sin mirarme a los ojos. Lo miro fijamente mientras habla y desvía los ojos hacia la copa y la barra y el fondo del local, donde están García y María.

- La juventud, como la belleza, es cruel. Olvida pronto, sin generosidad, la devoción que se siente por ella.

- Es ley de vida -ratifica Mario, con el tono cansado de quien reconoce dolorosamente una evidencia. - Todos hemos de venerar lo que de bueno tiene la vida. No puede ser de otra manera. Y lo bueno desprecia a lo común. Pero también lo necesita, no hay duda. Lo necesita hasta el punto de que, tarde o temprano, habrán de confundirse, aunque sólo sea un momento. Entonces, el común habrá vivido algo por lo que mereció la pena esperar.

Inclina la cabeza hacia adelante para decir estas palabras, con una

vehemencia nueva, soterrada y contenida. Esconde en los ojos el velo de un pensamiento envilecido por las insinuaciones de los hechos. Yo lo miro con una franqueza plana y rotunda a los ojos, al fondo de sus ojos y de sus palabras. Está turbado, entre mi mirada que lo confía y mis palabras, en cuya ambigüedad sufre para salir fortalecido, intuyendo el reconocimiento, el consuelo implícito y recíproco que yo procuro mostrarle en cada quiebro de la conversación.

Mario alcanza un taburete y se sube a él, dejando caer sus piernas, que no llegan al suelo. Yo alcanzo otro de una cojetada evidente, me siento en él en un segundo y el clic de mi rodilla suena como un eco mecánico de sus palabras.

Era la oportunidad surgida al hilo de la casualidad en la que ahondaba ahora con sutileza renacida entre líneas, manteniendo en la fijeza de las miradas los conatos de una indulgencia comprensiva y amplia, alargada en cada copa, en cada acercamiento de las manos en salvaguarda de la llama con que encendía cada uno de mis cigarrillos, acto continuado y cada vez con más precipitación repetido en busca de una culminación de acercamientos tangentes de la carne.

Convertidos así, uno a uno, en ciegos ojos de la memoria de las palabras, en la dimensión de olvido que alargaba cada uno de los minutos que penetraba en la madrugada, suponía entonces que cada inflexión, cada vez que pronunciaba mi nombre, había una sombra nueva y fresca de camaradería impensable.

No por una indulgencia implícita en el paso de las horas, ni por un llamamiento al olvido que yo procuraba hacer evidente a cada momento, sino más bien por esa distancia que crecía entre nosotros y el ayer como una palada de tierra sobre el escozor vivo de la risa adolescente, la noche cómplice y un borroso y gris uniforme en la mirada cada vez más alcohólica, dispensábamos ya sin fatiga la ira y el insomnio.

- Merece la pena, aunque a veces no se consiga. Sólo los sueños y el deseo merecen la pena, ¿no crees? -le digo.

Mario asiente.

ACTO II

GARCÍA

Aquí todos los días son iguales. Sin saber por qué, de cuando en cuando, María alarga la hora del cierre hasta la madrugada, y nos deja beber hasta que nos hartamos. Anoche, cuando me levanté de mi asiento para irme, la cabeza me dio un vuelco. Se ve que uno ya no es joven y no aguanta igual.

Ella estuvo a mi lado todo el rato. Y más atrás esos dos. Antes el alcohol me ponía contento y hacía cosas impensables. Ahora me emborracho con aspereza, una borrachera seca y sucia, que me hinca en el asiento como una estaca en la tierra.

Antes no se me hubiera escapado.

Una mujer a mi lado toda la noche y no la toqué. Antes no se hubiera librado. Anoche bebía y me emborrachaba mirando la televisión, como un imbécil. Se ve que uno ya no es tan joven. Además, ahora las resacas son más duras.

Luego la acompañé hasta la parada de taxis procurando mantener firme el paso. Le abrí la puerta del taxi. Gracias, dijo mirándome. No hay de qué. Pero casi no la miré cuando le contesté. No fui capaz de verle los ojos en ese momento.

Luego vi cómo se alejaba el taxi, con las luces brillando en el asfalto húmedo. Ella no se volvió a mirarme.

- ¿Qué has hecho esta mañana?

Salvador me pone su vieja mano en el hombro y me hace la misma pregunta de todos los días. Algún día me volveré, lo agarraré de las solapas y lo voltearé sobre las mesas, contra la pared, le abriré la cabeza contra la pared como si fuera una nuez y nuca más me lo preguntará.

No lo he visto entrar. O no lo he oído, porque estoy vuelto de espaldas a la puerta. Ha entrado con sus pasos arrastrados, envueltos en esas zapatillas de paño de los viejos. Me habrá mirado y habrá sonreído con esa mueca arrugada, una sonrisa torcida y babosa de viejo. -¿Que qué he hecho? -le digo. Hoy no he matado a nadie, todavía, tendría que decirle. Lo de siempre, le digo.

- Vaya, hombre, vaya. Y se vuelve y arrastra los pasos y me dice: ¿No echas una partidita?

- Todavía no ha llegado mi hora.

Salvador me mira y se vuelve otra vez. Arrastra los pies hasta la mesa y se sienta y mueve las piezas de dominó antes de que lleguen

sus compañeros de partida.

Lo miro mientras juega. Restriega las manos, una contra otra, una y otra vez, una y otra vez, y chapotea su lengua babosa. Los pantalones le cuelgan sobre el esqueleto, arrugados, y lleva la camisa abrochada hasta el cuello, pegada al cuerpo como la vieja piel de una serpiente. Ya me gustaría saber qué ha hecho en su vida. Seguro que pasársela detrás de una ventanilla llevándole el café al jefe, diciéndole Perdón, don Fulanito, Perdón, don Menganito....

Ahora se reúnen todos a jugar su miserable partida. Jubilados, viejos locos, seniles, dementes. Se toman un café y se pasan la tarde creyendo que el bar es suyo y que tienen derecho a todo, molestando con las infusiones y el ruido de las piezas en la madera.

SALVADOR

Quedan dos cuatros. Uno cierra, el otro dobla. Hummm...Bien, bien...

Cada día está más malo el café que ponen aquí. Con qué lo mezclarán, vaya usted a saber. Parece achicoria. Y bien que lo cobran. Claro, que para ponérselo a personajes como ese García, o el Lázaro ese que parece un muerto resucitado, un Lázaro mismamente, y que es un lisiado... Es un juego de viejos, dice. ¿Y lo que él hace de qué es? ¿De hombres?

Porque no ha hecho nada esta mañana; ni ninguna. A mí que no me digan. Que me están quitando dinero para dárselo a sinvergüenzas como éste. No hay derecho. Nunca me dice nada cuando le pregunto qué ha hecho. ¿Qué va a decir? Deberían ponerlos a picar piedra, y si no quieren, a la cárcel, o al ejército, o echarlos del país, que se busquen la vida como hombres. El que no trabaja es porque no quiere. ¡Pues no se pueden hacer cosas en esta vida, gracias a Dios! Se está más a gusto en el bar, gastándose el dinero de todos y mirándole las tetas a María, que las tiene bien puestas. Y a lo mejor es su querida, seguro. El chulo. Y vivirá de ella. Si no, ya lo verás.

Y se ve que presume de ello. Como si los demás no fuéramos... Yo no necesito ahorcarme para ser un hombre, como muchos. ¿Qué se habrá creído?

De vez en cuando nos mira jugar. Todavía no ha llegado mi hora, dice, ¿la hora de qué? Ya llegarás, ya llegarás...

- Doblo.

GARCÍA

Miran la partida. Como si fuera divertido mirar un grupo de viejos inútiles jugando a poner un punto detrás de otro. Y unos se empavonan frente a los otros y discuten: Sabía que ibas a poner el seis, Tú qué ibas a saber, Vaya que no, Como si estuviera mirando tus fichas...

Ya no sirven para otra cosa. Eso si alguna vez han servido para algo. Tienen unos duros sobre el mantel y se pelean como si fueran millones. Riñen como viejos avaros por los cuatro duros que se juegan.

Digo yo que si ya no valen para nada.... Que a lo mejor deberían morirse. Mira que todos los días aguantar la misma historia. Y claro, como es viejo, quién le pone la mano encima.

Como esta mañana, a punto estoy... El tío quería colarse. Como si uno estuviera allí por gusto y le diera igual.

Dos horas haciendo cola para que al final un inútil te selle un impreso.

Tratados como animales. Y la gente que pasa y te mira y sabe qué estás haciendo allí. Te miran como a un bicho raro, como a un inútil o un gandul. Y todos los meses igual.

Pero yo no soy como los demás. Yo estudié, en mis tiempos. Y porque no pude más, que entonces las cosas no estaban como ahora, que estudian hasta los tontos. Yo no soy un ignorante ni una bestia para que me miren así y se rían.

Así es como me mira Salvador. Pero quién le pone la mano encima a un viejo que no tiene ni medio soplo.

Lázaro mira la partida. Anoche se fueron juntos, el otro hombre y él. Aguantaron de cháchara hasta que María dijo de irse. Yo también estuve junto a ella hasta el final. Pero no es lo mismo, estar con una mujer que dale que te pego a la lengua con un tío al que acabas de conocer.

Don José también mira la partida. Es tan miserable, más todavía que los otros, que él ni siquiera juega al dominó. Dice que es por la vista, pero antes tampoco jugaba.

Lázaro se acerca a la barra después de doblar la rodilla mecánica. Arrastra la pierna un poco y gira en redondo el cuerpo. Vuelve a hacer la misma maniobra, pero a la inversa y se encuentra otra vez de cara a la mesa de los viejos, con las infusiones en la mano. Clic- clac otra vez y se sienta en su taburete.

A lo mejor anoche siguieron tomando copas por ahí. Hoy ha

entrado, se ha tomado el café diciendo que tenía mucha resaca y mucho sueño y luego se ha acercado a ver la partida.

Don José entra tras la barra y se acerca a la cocina. Saluda a María con un Hola, y una risita corta y le da una carta que saca del bolsillo de su chaqueta de punto.

María la extiende sobre el mostrador y la lee.

Después don José dobla otra vez la carta y la guarda. Sonríe a María, le coge la mano y María le dice en voz alta que no hay de qué. Don José insiste en decirle algo en voz baja, le aprieta la mano con la suya y le da un beso en la mejilla. María vuelve a su cocina y don José la mira.

Después don José sale de detrás de la barra y vuelve a mirar la partida de dominó, de pie, entre la mesa y la barra, con las manos en la espalda, esperando que pase una niña para rozarse. Don José entonces las mira hasta que entran en el servicio o hasta que vuelven. Hay un alma de consuelo en los sucios ojillos grises y húmedos.

DON JOSÉ

Llevo la carta fuera del sobre. La letra del sobre, como es más grande, sí la he podido leer.

Salvador y los demás juegan su partida de todas las tardes. Yo nunca he jugado a nada. Es un vicio tonto, como fumar. No comprendo el encanto de ningún juego, y menos de éste, que si va a poner tal punto o tal otro. Se lo digo a García, que él tampoco juega.

- Yo nunca he jugado a nada. Eso ni es un vicio ni es nada, es una tontería de viejos.

García asiente. Le cuento que la carta es de la pensión, pero que no leo muy bien lo que dice. Que María es siempre tan amable. Él asiente otra vez. Hummm. No dice otra cosa.

- Cuando yo trabajaba esto no estaba tan mal como ahora. Uno hacía sus cuentas y ya está. Ahora con todo lo que nos quitan... Lo hacen así para que uno no pueda controlarlo. Menos mal que yo sí que lo controlo, porque lo que no sé lo pregunto. Pero la pobre gente... En fin, malos tiempos, García. Pero qué te voy a decir a ti que no sepas...

- Ya lo creo - dice García.

- Y el retraso con que llegan, ¿eh? Porque cuando yo trabajaba...

Entro detrás de la barra. Detrás de la barra hay una tarima de madera que hace parecer más alto cuando uno mira desde fuera. María está metiendo vasos en el friegaplatos.

- Hola, niña.

María no me oye. Me acerco y ella se vuelve antes de que pueda tocarla. Llevo la carta en la mano y ella la ve.

- Quiero saber qué dice, hija mía. Con estos ojos...

María se limpia las manos en el mandil. Le doy la carta y sale de la cocina. La extiende sobre el cristal del mostrador y la lee. No es nada, cosa de rutina, don José. El ingreso de este mes.

- Gracias, hija mía, ya lo suponía, pero como no puedo estar seguro.

- De nada, don José.

La cojo de la mano, su mano tiene la humedad del agua.

- Que no tiene usted nada que agradecerme, don José, que lo hago con mucho gusto.

- Que sí, mujer, que sí. Ya verás lo que te voy a regalar. Ya verás.

María al final baja la cabeza y le doy un beso en la mejilla, muy cerca de su boca.

GARCÍA

¡Qué tostón! Oír las piezas del dominó, una y otra vez, con ese roce con la madera apagado por el mantel. Dos horas diarias mirando números.

Éste no tiene espíritu ni para jugarse veinte duros al dominó y espantar la tarde por lo menos.

Me creo eso de que no ha jugado nunca. A nada.

¡Qué asco de su beso! Es pegajoso el viejo. Ya me ha vuelto a contar lo buenos que eran sus tiempos. Siempre son buenos los tiempos cuando uno no está a punto de morirse.

¿Y a él qué le importa si yo pienso que son peores o mejores? A él no le importa. Como el otro. A los que no sirven... Tenían que hacer algo con ellos.

LÁZARO

Estoy entre la barra y la mesa donde juegan al dominó. A García no le gusta mirar cómo juegan al dominó, dice que es un juego de viejos. Él se molesta porque le preguntan por lo que hace, cuando no tiene nada que decir. A mí sí me gusta mirar cómo juegan. También me preguntan a mí, pero es curiosidad.

Don José está a mi lado, mirando el juego y sonriendo leve y permanentemente. En un momento, se acerca a mi oído y me dice otra

vez: Yo nunca he jugado al dominó.

Ha ido a la cocina, a que María le lea una carta. Luego le ha dado un beso cariñoso y ha vuelto a mi lado. Don José siempre cuenta las mismas historias, cuatro o cinco cosas que le han pasado. Siempre las mismas historias contadas de la misma manera.

Cuando María pone los cafés y las infusiones sobre la barra me bajo del taburete, clac, cojo las tazas que humean, clac, y las llevo hasta la mesa. Clac. García me dice que no tengo por qué hacerlo, pero a mí no me importa. También les acerco las servilletas y los palillos que luego chupan un rato, pasándolos de un lado a otro de la boca.

Cuando me levanto, clac, giro el cuerpo y siento que una bola de hierro choca contra las paredes de mi cabeza. Aún no se me ha pasado la resaca. Una resaca dura, sin cuartel. Lo dijo García: Bebamos, que tengamos mañana algo que contar. Como un profeta. ¡Ya lo creo que hay algo que contar!

Ya se oye el ruido de los críos. Llegan a media tarde, sueltos como manadas de un rebaño, con un jolgorio que molesta a los viejos que juegan al dominó.

Mario me contó cómo los conoció una noche que lo asaltaron. Ellos se acercaron a él, que estaba herido, y lo levantaron del suelo y lo llevaron a Urgencias. Luego él les preguntó cómo podía agradecérselo, y ellos, ante su insistencia, le dijeron finalmente que podía invitarlos en el bar. Mario ya conocía el bar, pero sólo de venir de vez en cuando a buscar al Gordo.

Los invitó algunas veces y se encontraba bien entre ellos. Son inocentes y tienen la ingenuidad y la frescura que ya han perdido los mayores, dijo Mario.

Luego añadió, mirando al suelo:

- También tienen sus cosas.

- También son crueles -corroboré.

- Más que crueles, inconscientes -suavizó Mario.

Arman jaleo en la entrada del bar. Un ruido que anuncia la hora del final de la partida. Pasan corriendo hacia el servicio, interrumpiendo la concentración en las fichas de los viejos, que los miran como si acabaran de hacer algo imperdonable. Dejan los libros sobre las mesas y las máquinas y piden cervezas interminables hasta que cae la noche.

Algunos dejan las motocicletas en la puerta, aceleran y gritan.

Hoy Mario se retrasa.

Los muchachos se sientan en corro. Algunos, emparejados, se apartan un poco. Mario, cuando llegaba, se acercaba a ellos y los invitaba a una cerveza; luego, apoyado en la pared o sentado con fingida indolencia en un taburete, los observaba. *Mira cómo se atusan los cabellos, cómo beben de sus cervezas, cómo hablan de chicas o cómo fuman de sus primeros cigarrillos*.

Hace oídos sordos cuando alguno se queja de que no tiene para la cerveza mientras mira con soslayada complicidad a los otros, y Mario paga, sereno, con la evidencia de lo que de él esperan.

Ha venido cada día, a hacer la misma espera, a estar con ellos en un rito necesario e imprescindible. Se convertía en una figura de cera entre ellos, buscando con sus gestos de generosidad inventada, con historias de experiencias más o menos ideales, esa atención imposible.

Hoy Mario se retrasa.

Es un vacío sin forma y una amarga mentira, y él lo sabe, pero no puede sustraerse a su destino igual que cada casa no puede evitar su propio olor a basura; ni siquiera el interés con que lo miramos le pertenece; sacude a veces la cabeza, hunde los ojos en la lejanía marrón de las paredes, la respiración densa en el aire opaco, agrisado, y antes de sumergirse para siempre en el légamo del olvido aflora a su piel la lividez de una sangre que nunca se renovó, esa lividez que le vi anoche como si estuviera desnudo, sangre estancada y envilecida sin corazón que la impulse; humedece los labios -desangrados y resecos- con su saliva acervezada, pule su dulzura con restos de amargura y todo le sabe árido y grumoso como la herrumbre.

Hoy Mario se retrasa.

Anoche perdíamos el paso vacilante por las aceras, acaso rota ya la noche por la primera claridad cruda del día.

Hoy Mario se retrasa.

Ya se van los viejos, como expulsados de un paraíso por los que los enterrarán. Se quedan los críos un rato, parloteando, chillando, bailando, bebiendo cerveza y fumando. Luego también se van.

Hoy Mario no ha venido.

MARÍA

El olor de mi cuerpo. Seguro que olía a aceite y a humo.

Él no habla. Casi nunca habla. Es como un perro viejo, siempre allí, sentado, hablando poco y siempre con los mismos, mirándolo todo con una desgana de muerte.

Igual que mira la televisión. No tiene prisa por irse, ¡para qué iba a tener prisa! Se queda mirando la televisión, a mi lado, sin hablar casi, hasta que me harto y digo que nos vamos.

Seguro que me olía. Seguro que olía a mi cocina, como si estuviéramos dentro de ella. La ropa huele a cocina, pero mi piel también huele a cocina.

Me tomo un café con leche. Siempre tomo lo mismo. Pico algo mientras hago las comidas, pero poco y corriendo, picoteando como una gallina; y luego el café con leche.

Cuando la cosa está más tranquila salgo de la cocina, miro a mi alrededor y vuelvo a entrar. No es que mire por algo en particular, es como una costumbre, o un vicio. Porque lo que veo no me gusta. Pero hay que aguantar.

Llegan cada día, puntuales, cada uno a su hora, con las caras colgadas, y se sientan rígidos, cansados, y esperan el plato sin urgencia.

Fuman, se muerden las uñas, soplan, suspiran, sorben la sopa o prueban el vino barato. Sólo algún grupo de estudiantes arma jaleo con su conversación.

Luego se van, callados, lentos, con un palillo en los dientes, sin ganas.

Yo los miro y tiro el trapo sobre un estante.

Me tomo el café con leche mientras acaban los últimos.

García no se va, sino que se queda en su sitio de siempre, tomando café, mirando sin interés la televisión o el periódico, como un mueble más. También es triste, un hombre hecho y derecho y que no tenga nada que hacer. Y Lázaro, que la mayoría de las tardes se queda con él y acaban emborrachándose juntos.

Y la vieja, a cuyo lado está Lázaro, sirviéndole como si fuera un camarero, con su pierna arrastrando. Ella se sienta en un rincón, acurrucada. No dice nada hasta que le ponemos la comida delante, a un precio antiguo. Da pena verla, tan sola. Lleva colgada una medalla y a su lado una cartulina con su dirección. Se pierde. A veces no recuerda dónde vive.

Y la vieja se va tan lenta, tan cansina.

Y luego vienen los viejos. Y yo ya huelo a cocina. Se sientan a jugar su partida. Y cuando alguno falta se temen lo peor y están más callados que otras veces.

Y pasa la tarde con la televisión de ruido de fondo. Y a mí no hay

quien me quite el olor a cocina ni el color amarillo de los dedos. Por eso García casi no habla.

GARCÍA

Hoy Mario no ha venido. Lázaro lo esperaba. Ha preguntado por él. Mira la puerta cada vez que entra alguien. Se ve que hicieron buenas migas. Se fueron juntos al mismo tiempo que nosotros. Era más tarde de lo habitual. Iban un poco borrachos.

Hoy Lázaro apenas se ha acercado. Casi no ha bebido. Ha estado mirando la partida y luego mirando a los críos, esperando que Mario apareciera, como de costumbre.

Pero ya lo dije yo, ése no vuelve porque se le cae la cara de vergüenza.

Lázaro ha ayudado a la vieja. Algo tenía que hacer para disimular la impaciencia. Le ha puesto la comida delante y ha procurado que no le falte nada. La vieja casi no lo miraba, alelada.

Luego también ha hablado con el Gordo. El Gordo ha entrado lento, enorme, y ha dejado caer su cuerpo sobre un taburete. Se ha comido dos menús y luego se ha quedado un rato en su sitio. Seguramente estaba dormido.

Lázaro le ha llevado el café y la copa y el periódico. El Gordo le miraba la pierna con curiosidad que no se molestaba en disimular.

El Gordo se queda anclado en su sitio, como si estuviera muerto y fuera imposible moverlo. Echada la cabeza hacia atrás, abre un poco los ojos cuando María pasa a su lado barriendo, la mira y vuelve a cerrarlos con un gesto molesto, como si los hubiera abierto para nada.

LÁZARO

Hoy Mario no ha venido.

Yo ya calculaba un tiempo en su compañía.

Hoy tampoco ha venido. Ellos se han sentido aliviados. Tampoco ha venido el chico que hizo la burla, pero sí los otros. Mario no habrá querido verlos. No habrá querido pasar otra vez por lo mismo. Vendrá más tarde. Sabe que lo estoy esperando.

Una imagen dudosa de hombre solo, endurecido por la soledad y el desengaño. Dijo que era imposible tener nada:

- Todo se nos pudre en las manos.

Buscaba sin duda una contradicción por mi parte que lo llevara a abandonar su lejana posición de amargura y derrota anticipada. Proponía pasos en una misma dirección y yo seguía el juego de las reglas de acercamiento cauto que su experiencia imponía, las bases de una exploración de comunes identidades que ya intuíamos. Me mira con esos ojos pequeños enrojecidos por la contención del llanto, la noche y el alcohol; los labios gruesos caen en una mueca de disgusto agrio entre las mejillas carnosas. Avanza la noche y se oscurece su frente de alcohol y cansancio. Pasa una mano pequeña por su cabello escaso. Podíamos imaginarnos en un globo de cristal aislado del mundo, envilecido por el humo y la confusión. Silencio de vasos sucios y aliento alcohólico en las miradas tangentes, en los esbozos de sonrisa.

Sosteníamos la noche a fuerza de derrumbarnos sobre los taburetes, entre la ambigüedad de los planteamientos y el aliento de la certidumbre, tanteando la táctica de la insinuación. Pero al mismo tiempo había en mí una reserva, un miedo a ser compañía improvisada por no beber solo.

Soñaba yo luego, en la soledad de mi habitación, con las palabras que dijimos, saboreando cada una de ellas como un licor de múltiples sabores. Cerraba con fuerza los ojos intentando retenerlas, pero en la oscuridad que surgía bajo mis párpados, como si entrara en una muerte dulce, sólo había imágenes grabadas en las manchas de humedad del techo.

Me escondía bajo las mantas brotando de mi cuerpo un calor inmóvil y trémulo que escocía en la carne.

Ponía mi mano sobre la rodilla inútil, esa pierna infantil bajo el cuerpo de hombre, y sentía un contacto ajeno, como si la rodilla y la mano no fueran mías. Resonaban entonces las palabras en mi memoria como golpes secos y rotundos, dejando tras de sí una estela de ausencia que seguían las manos hasta los rincones olvidados hacía mucho. Apagué la luz y un deseo imposible, tan ávido como tenía olvidado, surgió de la oscuridad como una transformación fugaz de la carne. Luego quedó en el cuerpo el alivio ligero de un recuerdo vago que se hundió en el sueño y esa sensación húmeda y joven que ya ni siquiera recordaba.

Nos despedimos en la puerta. María y García se fueron hacia un lado de la calle y nosotros hacia el opuesto. Mario, en la despedida, apenas dijo nada, miraba al suelo como si le diera vergüenza.

Hundió las manos en los bolsillos, las solapas de la chaqueta subidas hasta las orejas y un paso rápido que sabía que me costaba seguir a cojetadas.

Mario ya no me miraba, ni decía nada. Intentaba seguirlo con mi pierna

arrastrando, sonando contra la acera como si fuera la cadena de un preso.

Lejos ya de la ebullición alcohólica de la noche primera, despegado de una voluptuosidad amplia que había comenzado con la pena de verlo afrentado, Mario apretaba ahora los dientes mientras caminaba encogido, helado, con una rabia infinita, un asco inconmensurable que le había descubierto la mañana y que le hacía sentirse envilecido, mezquino, aniquilado por un deseo acre y violento que lo humillaba más que cualquier burla. Corría, intentaba en cada esquina separarse, esquivarme de forma definitiva.

- Ya nos veremos en el bar otro día -dijo.

Y dio media vuelta y se alejó corriendo para que yo no pudiera seguirlo, con un temor ciego e instintivo que lo hacía huir, sin consuelo, con una saña que arrancaba pasos al asfalto, frenético, sin mirar atrás porque sabía que una sombra negra, arrastrando una pierna inútil, lo perseguía, lo enclaustraba definitivamente en la orden de los proscritos, en la moral abolida de los perdedores.

Hoy Mario no ha venido.

MARÍA

No quiero acabar como la vieja.

GARCÍA

¡Qué asco de gentes! Se pasan aquí la tarde sin tomar apenas nada, como si se escondieran de algo.

Lázaro se acerca a la barra. Ya ha perdido esa alegría anterior. Pide algo de beber, pero se queda alejado de mí. Le ha preguntado antes al Gordo por Mario, si le compraba mucha ropa, ropa usada o de contrabando que vende el Gordo. El Gordo lo ha mirado y, como si le perdonara la vida, ha dicho:

- ¿Quién es ese Mario?

Y Lázaro se lo ha descrito hasta la saciedad y el Gordo lo miraba con una desgana ofensiva, de arriba abajo, y paraba los ojos en su pierna mientras Lázaro no paraba de hablar, y el Gordo al final ha concluido:

- Y yo qué sé dónde está ése.

Lázaro se mantiene alejado de mí. Se acerca a la máquina tragaperras y juega un montón de monedas. El Loco se queda a su lado, mirando fijamente el juego, enorme y barbudo, con la camisa

abierta y asomando una camiseta sucia que le cubre la gorda barriga. Lázaro lo mira y le dice que se aparte, que le trae mala suerte. El Loco da un paso hacia atrás y se queda mirando otra vez.

- Lo que trae mala suerte son los cojos.

Lázaro se vuelve a mirarlo, como si quisiera atravesarlo con los ojos.

- Ahora no da, ahora no da. La máquina está mala -dice el Loco.

- ¿Y tú qué sabes? -le replica de mala gana Lázaro.

- Está mala -repite el Loco.

Lázaro deja la máquina y se vuelve hacia la barra. Me mira y sonríe como si fuera un conocido a quien uno se encuentra de lejos, pero al que hay que saludar con una palabra.

El Loco le pide a María que le sirva algo. María le contesta que no. Lázaro pide la copa y cuando se la servido se la da al Loco. Éste la atrapa entre los dedos enormes, la mira, la huele y se la bebe. Primero un sorbo muy corto, después un trago largo echando muy atrás la cabeza.

EL LOCO

Me acerco a la máquina. Está jugando el hombre de negro, el cojo. Juega y no sabe. No debería jugar. Pero él no sabe que no debería jugar.

- Está mala -le digo.

No le digo que no debería jugar. El cojo echa más monedas y no sale nada.

- Quítate de ahí. Traes mala suerte -me dice.

- Lo que trae mala suerte es ser cojo -digo.

Yo sigo mirando. El cojo echa más monedas. Luego se cansa y se va a la barra.

Yo miro a la mujer, que friega detrás de la barra.

- Ponme algo -le digo.

- Un vaso de agua y vas que te matas -me dice.

Yo la miro y me río.

Entonces el cojo le pide una copa de anís. El cojo me enseña la copa de anís y yo me acerco a donde está el cojo.

- Por las mujeres -dice.

- Por las mujeres no.

- Toma -para ti.

Cojo la copa. Tiene el olor dulce. Me la bebo.

- Él los castigará. Digo.

- ¿Quién? -Pregunta el cojo.

- Dios. Castigará a los que jueguen.

- ¿Y a ti, te castiga?

- A mí me castigó. Por eso no quiero a las mujeres. -Le digo.

- ¿Cómo fue eso, hombre?

- Ahora me escribe canciones para pedirme perdón.

- ¿Quién?

- Dios. -Le digo.

El cojo se ríe. Yo miro a María, que friega los vasos mientras nos mira. Me he bebido el anís. La miro otra vez. Tiene los pechos juntos cuando está inclinada para fregar. Entro al servicio. Me toco.

MARÍA

Un día más doblando el espinazo en la cocina. Es peor que limpiar. Al menos entre casa y casa una toma el aire, hace su hora y se va y ya está. Pero ésto... Siempre en la cocina, llena de humos, una claraboya al patio de luces tan oscuro, sólo un ventilador roto y un cristal lleno de grasa. Y tan oscuro como una cueva.

Me llaman. Salgo y es Andrés el Loco. Quiere que le ponga algo, como él dice.

- Que no. Te lo tengo dicho.

- Una copilla.

- ¡Qué copilla ni que niño muerto!

Me mira con unos ojos perdidos y casi sonrientes. Yo me inclino y me pongo a fregar lo primero que veo.

- A ver el dinero -le digo.

- Luego te lo pago -contesta.

Sí, luego me lo pagas. No sé cuándo.

- Sí... ¡Tú qué vas a pagar!

Lázaro me llama y me pide una copa de anís.

Le sirvo. Lázaro se la da al Loco y lo mira mientras se la bebe. El Loco se la traga sin respirar, me mira sonriendo y entra en el servicio.

GARCÍA

Miro a María mientras friega. Oigo el ruido del grifo y el chapoteo de sus manos.

Le pido cambio. Me acerco a la tragaperras y le echo unas monedas. Pronto me devuelve algunas, pero el premio, aunque está cerca, no sale.

Cuando me doy cuenta el Loco está detrás de mí, mirando. Me vuelvo y lo miro. Se queda callado, inmóvil, riéndose solo. Se acerca también María.

La máquina repite musiquillas una y otra vez, las luces giran como en una feria. Los tréboles, los corazones, las picas, los comodines y el premio. Giran cuando tiro de la palanca. Una y otra vez. Giran y giran locos, queriendo acoplarse. Está a punto.

María no dice nada. También se queda mirando a la máquina. Después se vuelve y sigue fregando.

El Loco se ríe.

- No sale -dice.

- ¿Que no sale?

- Todavía no.

- ¿Eso lo dices tú?

- Es un castigo -dice.

-¿Un castigo?

- Dios castiga...

- ¿Qué sabrás tú de castigos? Tú sí que eres un castigo -le digo.

El Loco se ríe como siempre, sin un ruido, como si tuviera la sonrisa grabada en la cara gorda y barbuda.

- Yo sí sé de castigos, pero ahora me pide perdón.

- ¿Quién te pide perdón?

- Dios.

Comienza de pronto a moverse de un lado a otro, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, a todo lo largo, con la risa grabada en la cara, como si bailara torpemente, apoyándose en un pie y luego en el otro.

- ¡Estás tú bueno! -le digo.

Suelta una risita.

- ¿Me dejas que le dé?

- ¡Estate quieto!

El Loco alarga la mano para darle a la jugada. Le cojo el brazo y le repito que se esté quieto.

- No sale -dice de nuevo.

LÁZARO

No ha venido Mario.

Pido una copa y se la doy al Loco. Quién sabe si no está menos loco que los demás. Para mí que se lo hace. Bien que se la bebe y la saborea, y luego se queda mirando a María. Se la queda mirando fijamente, con la boca abierta y la risa en la cara. Esa risa que es como la expresión de un perro, que no se le va nunca.

Me dice que se escapó. Que lo pillaron cuando iba no sabía dónde con las manos llagadas como un Cristo, pidiendo perdón. Que ahora Dios le pide perdón a él. No sé qué de canciones. A lo mejor él no está tan loco y sí lo estamos los demás.

Estuvimos tan bien... Como dos amigos de toda la vida. Y luego se va corriendo, de buenas a primeras, como si se despertara al salir a la calle de un mal sueño y le diera miedo. Como si antes lo hubiera engañado, o como si no me viera como soy. Y hoy no viene, me quedo esperando y no viene.

¿Por qué voy a tener que esperarlo? Yo estoy aquí como siempre, ni más ni menos. Si viene, que venga, y si no, allá él.

Corría como si escapara de algo. Yo tampoco lo tenía atado. Yo no podía seguirlo. Se volvió y dijo que hoy nos veríamos aquí. Pero no ha venido. Y salió corriendo como alma que lleva el diablo. Yo no podía seguirlo, quería decirle algo, pero ya no me acuerdo; sería que como estaba borracho, pero no lo alcanzaba.

Echaba el pie hacia adelante y luego arrastraba el pie pequeño, el pie de niño, que no pesa, por toda la acera, como un lastre, y no podía seguirlo.

- Fue por una mujer -dice el Loco.- La mujer es como un demonio. Por eso me castigó. Pero ahora me pide perdón.

Sonaba cada paso como un arrastre de hierros, y la bota gruesa restregando sobre la acera, resbalando sobre las calles mojadas.

EL LOCO

Cuando salgo del servicio el otro hombre está jugando a la máquina. Le pido al cojo otra copa y me dice que no. Miro a la mujer, que está detrás de la barra.

El hombre juega y no sale el premio.

Lo miro. El hombre se da la vuelta y me mira. Tiene la mano sobre la máquina, donde está la ranura de las monedas. Las luces dan vueltas. Las luces de la máquina son de colores.

En la otra mano, el hombre tiene las monedas y las hace sonar.

- De verdad que traes mala suerte -dice.

Yo me río.

Se acerca la mujer. Cuando anda se le mueven los pechos gordos y la carne de los brazos.

El hombre la mira pero sigue jugando. Suena la música, pero no sale nada. El hombre le pega un puñetazo a la máquina. La mujer se da media vuelta y se va otra vez detrás de la barra. Se le ven las piernas por detrás cuando anda.

Me escribe canciones. Por eso hago lo que hago. Antes no podía hacerlo. Ahora voy al servicio y lo hago. La veo y me escondo en el servicio y lo hago y me bebo el anís del hombre de negro y me dice que no, pero yo ya lo he hecho ya lo he hecho y lo tengo en la mano.

MARÍA

Mira que pagarle una copa a Andrés. Como está. Se pone peor. Además, él tiene paga, ¿no? ¿Y tú qué tienes?, le digo a Lázaro. Pero Lázaro dice que no le pasa nada. Que los locos somos los demás, que él vive como un rey, sin hacer nada.

- Pero ¿y tú qué tienes?

- Nada.

- ¿Entonces...?

Lázaro se encoge de hombros.

García sigue con la máquina. Como ha visto a Lázaro se cree que está a punto. Le da un puñetazo a la máquina. Pero todavía le falta, si lo sabré yo.

Él sigue jugando y Andrés mirándolo. Le pongo una copa sin que me la pida. Después me vuelvo dentro, a esperar.

GARCÍA

Lázaro parece un espantapájaros. Quieto todo el tiempo, con los brazos echados sobre la barra, aburrido. Aguanta hasta al Loco. Esto es lo último. Y no quiere hablar conmigo.

La máquina está a punto y ahora sí se lo voy a sacar.

Entra don José. Es raro verlo aquí a esta hora del día. Entra corriendo, con pasos cortos y nerviosos de sus torpes piernas, pero que deben parecerle veloces y locos según la mirada de sus ojos. Apenas saluda, como si le molestara que lo viéramos. Lleva un sobre en la mano. Pregunta a Lázaro si está María en la cocina y entra detrás del mostrador, buscándola.

Cuando María sale le pido cambio en voz alta. María deja un momento a don José con la boca abierta y el sobre en una mano levantada como si ya todo intento de solicitar la atención de María fuera inútil.

- No me queda cambio -dice María.

Salgo un momento al estanco de la esquina, compro tabaco y pago con un billete grande. Cuando vuelvo, don José está todavía esperando en la cocina y María echa monedas en la máquina.

María me mira de reojo, desconfiada. Yo no voy a disimular. Me siento al lado de Lázaro y me quedo mirándola. Un momento después se oye la música más estridente del premio y las luces de colores que giran como locas y las monedas que caen vertiginosas, unas sobre otras, con un ruido que desborda la panza de la máquina. María las recoge y se las echa a manos llenas en los bolsillos de la bata. Después las deja en la caja.

- Esto me viene bien para el cambio.

Lo dice sin mirarme. Mira a Lázaro, que está apocado sobre la barra, a mi lado. Se pasa una mano por el pelo revuelto y sucio y entra en la cocina en cuyo umbral la espera impaciente don José.

- ¡Será posible! -digo. Y muevo la cabeza de un lado a otro. - No puedo creerlo.

- El bar es suyo. Hace lo que quiere.

- ¿Y qué? No hay derecho. Eso no se hace. Y menos a un amigo. Anoche mismo la acompañé hasta la parada de taxis para que no fuera sola, y ahora va y...

- Cállate, que te va a oír -advierte Lázaro.

- Que me oiga. Todas son iguales, no les interesa más que.. Siempre lo mismo.

- ¡Cállate!

Sale don José, corriendo otra vez. Desaparece dejando caer la puerta de cristal que poco a poco se cierra y devuelve esa imagen desolada del bar, traspasada de la calle como dos imágenes superpuestas de un sueño.

Un momento después entra una mujer con un carricoche de niño. Se sienta al comienzo de la barra, lejos de nosotros. Nos pregunta si está María. Lázaro le dice que sí y la llama.

María asoma la cabeza desde el umbral de su cocina. Tiene una expresión reservada. En cuanto ve a la mujer grita de alegría y se suelta el mandil y corre hacia ella.

- Ahora se portará como una madre con el niño -digo.

- No digas nada del niño -me dice Lázaro.

- ¿Por qué?, ¿qué pasa?, ¿está prohibido?

- No digas nada del niño -repite Lázaro tajante.

- A ver, ¿qué pasa? Ya has visto como es ella. Al final todas son iguales.

- ¡Pero no digas nada del niño! Vuelve a decir Lázaro con una insistencia demencial, mirando fijamente el vaso que sostiene en la mano y la madera de la barra. Lo dice y lo repite sin mirarme, sólo pendiente de su obstinación, como si fuera a hacerle daño al niño con mis palabras.

Nos quedamos callados. Yo miro a María, que me da la espalda. Todas son iguales, como dos gotas de agua.

La otra mujer tiene el cabello muy negro recogido con pasadores, la cara muy pálida y huesuda, los ojos grandes y oscuros hundidos y los labios muy pintados de rojo.

De vez en cuando mira al niño y alarga la mano hacia él, como si no tuviera que prestarle más atención.

Yo no puedo ver al niño. Sólo veo los pasamanos de su carricoche.

Hablan un rato y después María entra en la cocina y cuando sale lleva una bolsa. Frente a la mujer, saca un jersey de niño de la bolsa y lo extiende sobre la barra.

- ¡María, qué bonito! Muchas gracias. -Dice la mujer.

- De nada, mujer -contesta María.

- Pero esto mi niño no lo luce. -Dice la mujer.

- No digas eso.

Lázaro vuelve la cabeza y me mira con una expresión tensa en la cara. Después mira a las mujeres, parpadea lentamente y aparta los ojos, que vuelven otra vez a su copa, a ese trozo de barra que es todo su horizonte.

- Pero lo que ha hecho antes no se hace. -Digo finalmente.

DON JOSÉ

Fui entonces porque aún no era demasiado tarde. Y eso que no me gusta salir de noche. Porque no veo bien y porque no se sabe nunca lo que puede pasar. Además, no estaban ni Salvador ni los otros.

Sólo quería darle un beso de agradecimiento. Y ella dijo que no. Pero otras veces sí le había dado un beso. Su mejilla carnosa. Ella hacía lo que le pedía: María, que me mires esto, que no lo veo bien, María, qué dice aquí, y esas cosas. Yo sólo quería ser agradecido. Mis buenos cuartos me he dejado aquí. Por eso. Pero ahora no quería, y me ha cogido del brazo, como si fuera a hacerle algo malo, y yo le decía ¡quiero dártelo como yo quiero!, ¡como yo quiero!, pero ella cogía mi mano con fuerza, como si fuera a hacerle algo, y me dice ¡que no, que no!, ¡que se lo digo a García!

MARÍA

Estoy haciendo cosas hasta que me llama Lázaro. Salgo y veo que ha venido Virtudes. Tiene a su lado el carricoche con su niño. ¡Ay, qué pena! Para eso es mejor no tener nada. Bien podía Dios...

Me acerco a ella y la saludo. Tiene cara de haber pasado otro mal trago. Sobre el ojo izquierdo tiene un morado que tapa el maquillaje. Se ha echado tanto maquillaje para que no se note que tiene la cara tan blanca como una muerta, y con esos ojos hundidos.

Miro al niño, que está hecho un ovillo en el carricoche. Las piernas demasiado grandes, el cuerpo deforme y la cabeza tirada a un lado, con esa cara de niño grande. Le doy unos caramelos y el niño los coge con una mano ancha y grande.

Ella me lo cuenta. Pero ya estoy bien. Y me ha pedido perdón. Dice.

- Eso ya lo ha hecho otras veces, y al final...

- Pero esta vez va en serio. Me ha dicho que tire todas las botellas.

- Pero si viene ya de fuera...

- No, no.

- Tú verás. Pero yo no me creo nada de los hombres.

La miro y pienso que tenemos mala suerte, que parece que buscamos a los hombres con candil.

Me vuelvo a la cocina por la bolsa. Siento los ojos de García clavados primero en mi espalda y luego, a medida que me acerco a él, en mi cara. Si él sale, a lo que sea, no le voy a guardar la vez. Puede jugar el que quiera. Aquí no hay reservas que valgan. Y yo lo veía venir. Estaba a punto, no había más que verlo. Estaba llena como un pellejo de vino a punto de reventar. Con unas monedas ya estaba.

No me cabían las monedas en las manos, ni en los bolsillos de la bata. Las dejé en el cajón mientras sentía como un peso sus ojos.

Pero no lo iba a dejar allí para que entrara otro y se lo llevara. Además, algún derecho tengo que tener, que para eso esto es mío. Si a él se le acaban las monedas es cosa suya.

Cuando Virtudes ve el jersey, lanza una exclamación.

- ¡María, qué bonito! Muchas gracias.

- No hay de qué, mujer.

- Y qué bueno es. Dice tocándolo con sus dedos largos y huesudos de tanto trajinar. Si no, serían dedos bonitos.

- Pónselo.

- Pero mi niño no lo luce.

- No digas esas cosas, mujer.

LÁZARO

Que me lo diga cara a cara. ¿Por qué ahora no viene? ¿Por qué no ha venido hoy? Yo no me como a nadie. Y sabe que los críos ya no están a esta hora.

García al final se ha venido a mi lado, cuando se ha enfadado porque María ha sacado el premio que él tenía a punto. No quería hablar con él. Tampoco me ha preguntado. No tengo ganas de dar explicaciones. A nadie le importa. Pero eso no se hace. Hay que tener palabra. Si dices que irás, vas, y si dices que no, no vas. Pero no se puede decir: Ya nos veremos, y luego no aparecer. Estuvimos toda la noche hablando. Somos amigos. Y eso no se hace. Bien está que se retrase, pero no que no venga. Y si se tenía que retrasar, sabe que

siempre estoy aquí, que no me voy a ir, podía haberse llegado un momento y decir Oye, quedamos para mañana, que hoy no puedo. Y ya está, todos tan contentos. Pero esto no se hace.

García está tan enfadado que casi lo oye María cuando se queja. Y dice cosas que no debería. Le digo que se calle. Y luego viene la otra mujer con el niño. Lo he visto antes. Da pena. Y él dale que te pego con lo mismo.

- Ahora verás qué buena es con el niño.

- No digas nada del niño. -Le advierto.

No puedo soportar que diga nada del niño.

María y él se enfrentan en silencio cada que vez que cruzan la mirada. Él ha dicho que todas son iguales. No lo ha pensado y cree que ella lo ha oído. Por eso ahora desvía los ojos cuando ella lo mira con un enfrentamiento y descaro que García no soporta. Él la mira cuando ella no lo mira a él. La mira, por detrás, cuando ya ha pasado a nuestro lado, de arriba abajo. Le gusta.

Se acerca la hora de irse y Mario no vendrá. Miro a García, que a mi lado deja también apagarse la noche como si fueran las cenizas de una lumbre.

María esta noche apenas sale de su cocina. Se oye, de cuando en cuando, un ruido de cacerolas y platos, espaciado, que corta el silencio.

Cuando le digo a María que me voy, ella sale de la cocina, me dice adiós y se queda mirando a García, que sigue en su taburete, sin saber qué hacer, si irse o quedarse.

Cuando salgo por la puerta, arrastrando la pierna como un fardo demasiado pesado, como una palanca de hierro que fuera desde el suelo hasta mi cuerpo, sujetándome, atándome, García todavía está allí, sentado en su taburete. Cierro el botón de la chaqueta, pero aún así no me resguarda del frío que se cuela por un cielo bajo y grueso, igual de quieto que los edificios, que adquiere en un rato el aspecto sospechoso de no haberse ido nunca, de permanecer suspendido con una fijeza de ojo ciego.

Escondo las manos en los bolsillos intentando en vano caldear los dedos en el contacto con el cuerpo, pero el aire helado traspasa la tela de los tejidos y parece que mi carne nunca más podrá calentarse.

Encojo los hombros, camino con la premura que impone el frío, ese aire que corta la carne como una cuchilla, que baja de la sierra nevada y encoge la ciudad en un temblor rígido de luces amarillas y un poco sucias. Más allá de la ciudad, sobre la línea de sombra de los edificios

que continúan la calle, se perfila el corte blanco de la nieve en el cielo estrellado de luceros y celeste, tan lejano y diferente de éste que pesa sobre mi cabeza.

Nunca dijo el lugar exacto, ni siquiera lo que hacía, pero hay flecos en una conversación que se quedan en la mente sin saber por qué al principio y que luego conducen, paso a paso, sin que uno lo espere ni lo busque, a un final anunciado, a un final que se intuye y que nunca se acierta a expresar.

Esquina tras esquina las calles van tomando las formas que les di en mi imaginación mientras hablaba con él, y aquéllas que fueron articulándose en la mente después, cuando rememoraba cada uno de los momentos, como un rompecabezas involuntario pero idóneo.

Donde me dirijo no hay posibilidad de fingimiento o excusa. Sólo hay un motivo posible por el que ir.

Cuando lo veo, su uniforme amarillo brilla en la oscuridad húmeda de las calles. Se agacha sobre una toma de agua y pronto un chorro a presión limpia la calle con una sordina que hiela aún más la carne.

Me acerco a él. Veo su ancha espalda que se agacha y después se levanta y extiende la mano con la manguera, apuntando a las aceras. Lo saludo. Mario se vuelve alarmado.

Su cara es una expresión oscura de estupor y alarma. Mira a todos lados. Se asoma a la calle adyacente y comprueba que ningún compañero lo está viendo conmigo.

- ¿Qué haces tú por aquí?

Extiende el brazo y el chorro de agua se dispara tangente a nosotros. Aún así hay gotas heladas que vuelan en el aire hasta mi cara, que me hielan los músculos rígidos, doloridos de frío. Intento sostener el gesto de mi rostro mientras lo miro a los ojos. Los labios casi me tiemblan.

- Estaba dando un paseo.

- ¿Un paseo?

- Que ya me iba a mi casa.

- ¿A tu casa? Bueno. Yo, ya ves...

- ¿Llevas mucho trabajando aquí?

- No. Es temporal. Mientras encuentro algo mejor.

- Esto es bueno. Sólo se trabaja de noche, cuando la gente no molesta.

- Bueno. Tengo que seguir.

- Bueno.

- Adiós.

Me quedo allí parado, mirándolo. Mario se da la vuelta, enfoca el chorro de agua y lo eleva. Se aleja unos pasos de mí. Se vuelve y todavía lo estoy mirando.

- ¿Cuándo irás por el bar? -le pregunto.

- Cualquier día de éstos -contesta rápida y vagamente.

- Allí nos veremos. Los demás siempre estamos allí, ya lo sabes.

- Sí, sí.

- ¿Irás pronto?

- No sé -dice casi gritando.- Ya iré por allí.

Vuelve la cabeza y se va hacia el final de la calle, barriendo con la escoba de agua. Lo miro unos segundos. Luego siento el frío helando mi cuerpo. Apenas puedo moverme. Cuando lo hago es como si mi pierna, esa pierna de niño inútil que tengo, y el esqueleto de hierro que la sostiene, pesaran una tonelada.

La arrastro sobre el empedrado húmedo, la gruesa suela de mi bota se resbala y la pierna pesa cada vez más. Los músculos de mi cara se rompen como carne congelada. Arrastro la pierna y huyo por una esquina, respirando fuerte, con el corazón agitado como después de una carrera. El susurro sordo de mi pierna llena las calles, los espacios y los pensamientos, deslizándose pesada y fría, torpe y metálica. En mis ojos, un chorro de agua helada que se estrella en mi carne.

ACTO III

MARÍA

Salvador ha muerto.

Lo han encontrado muerto. Cualquier día la pobre mujer aparece igual.

Hoy nadie juega al dominó. Cuando se enteran, porque unos se lo cuentan a los otros en cuanto entran, ponen cara de circunstancias o de miedo, miran al suelo, se toman rápidamente un café con leche o una manzanilla y se van.

Hoy hablan poco. Dicen que somos poca cosa, que a todos nos llegará la hora, qué lástima de hombre, mira que vivir solo, pobre hombre. No se miran a la cara, miran al suelo y carraspean.

Se abre entre ellos un silencio denso. Algunos preguntan que dónde es el entierro, aunque todos saben que ninguno irá.

Lo encontraron caído en el suelo, junto a una infusión derramada y con una mano en el pecho. Se dieron cuenta porque los vecinos no dejaban de oír la radio.

No haría falta que lo dijeran. Se les adivina la muerte cuando dejan de venir.

Se forma entonces entre los que quedan un silencio duro, opaco, que se traduce en una torpeza aún mayor, en una lentitud simiesca, lunática, y no hablan, les cuesta articular las palabras mientras echan las cuentas del rosario de enfermedades que unos a otros se han contado, en una carrera de dolor, calculando quién será el próximo, espiando el olor más frío, y se aprietan en sus gruesas ropas de invierno para no sentir ese hielo de la vejez que ya nunca se les irá de los ojos mansos.

- ¡Salvador ha muerto!

GARCÍA

Ya le ha llegado su hora. Con retraso. A lo mejor ha sido una indigestión de mala idea. Así deberían acabar todos los que son como él.

Lázaro está sentado en el taburete, con los brazos apoyados en la barra. Cuelga su gruesa bota como un lastre, hasta casi tocar el suelo.

- ¿Vas a ir al entierro? -me pregunta María.

- No.

Se lo pregunta después a Lázaro, quien levanta la cabeza, la mira como si no comprendiera y tarda en contestar.

- No sé.

- Pues deberíamos ir -insiste ella.

- ¿Para qué? -digo desde el otro lado.- ¿Iría él a los nuestros?

- Seguramente- replica María, disgustada.

- Sí, seguro -le contesto, de mala gana.

Lázaro me mira: ¿Quién puede saberlo?

- ¡Con lo agradable que era!- protesto.

- No hables mal de los muertos - me recrimina María.

- Que esté muerto no lo hace mejor.

- Hablar mal de los muertos es blasfemar - tercia Lázaro.

- Tenía sus manías, como todos -ha dicho María, que está entre Lázaro y yo, mirándonos alternativamente.

- No eran manías. Despreciaba todo lo que no era él.

- No hables mal de los muertos -repite Lázaro.

Se abre la puerta y un relámpago de luz de neón reflejada en los cristales invade el bar. Don José emerge de la luz como un insecto de lana vieja y boca húmeda.

- ¿Sabe usted lo que le ha pasado a Salvador? - le pregunta María.

LÁZARO

Todos tenemos que morir. ¿Qué más da cómo? Cuando estás muerto nada importa. ¿Que se muere uno solo? Bueno, ¿y qué? ¿Quién no está solo? Además, nadie puede morirse acompañado. ¿Que tardan en encontrarte?, ¿y a ti qué más te da? El problema es para los demás.

Lo peor de la muerte es que es molesto para los que se quedan. A Salvador ya no le importa lo que hagan con él, ¿no ves? El sí que está ya a gusto; nadie puede hacerle daño ahora.

Mario me mintió. Hoy tampoco ha venido. Estamos solos vivos y estamos solos muertos. No es para tanto. Así ha sido, así es y así será.

¿Para qué iba a venir? Los chicos tampoco han venido. ¿Para qué iba a venir?

He soñado con el chorro de agua. El agua me helaba. Caía el chorro a presión sobre mi cuerpo desnudo, a pleno día, en plena calle, un chorro fuerte y helado que me abatía. Y detrás había una pared y no podía huir, y el chorro helaba mi cuerpo, cada parte de mi cuerpo que

tocaba el agua era como un corte en la carne, un corte en la carne congelada del que no manaba sangre, una herida helada y seca que se abría hasta el corazón, que se paraba cuando el agua lo alcanzaba como una lanza de plata y luego brotaba agua por mi boca como una lengua líquida. Y todo el mundo se paraba a mirarme. Y le decían que siguiera. Y Mario se reía a carcajadas. Y se reían todos de mi cuerpo desnudo y de mi pierna inútil sobre la que no podía apoyarme, y daba saltos como un mono intentando escapar, pero el agua volvía a alcanzarme y se clavaba en mi carne como una lanza de acero líquido y helado.

DON JOSÉ

Tengo que hablar con María.

Sin nadie que lo recoja. Sin nadie que lo atienda. Da miedo sólo pensarlo. Da miedo pensar que no haya nadie que te ayude, que no haya nadie que rece por ti.

Menos mal que se han dado cuenta los vecinos porque estuvo la radio encendida toda la noche. Podría haberse podrido sin que nadie lo echara de menos.

Hoy no juegan al dominó. Nadie tiene ganas de jugar al dominó. Se callan y se van, ¿qué van a decir?

Tengo que hablar con María.

LÁZARO

Miro la puerta y veo en ella una ruina que huele a humedad, que tiene el color de una penumbra que ya nunca se podrá borrar tras los sucios y gruesos cristales esmerilados. Nadie me recibe cuando entro. Oigo un ruido opaco y subterráneo que llega desde el interior de una habitación que hay más allá de una mampara descolorida. Subo las escaleras con sigilo, como un ladrón.

Dentro hay un patio de luces sumido en una negrura sucia, como un tumor de las piedras, de las macetas rotas, del enlosetado astillado. Una puerta se cierra. Unos pasos que resuenan en la escalera.

Me oculto en el vano de la escalera y veo pasar su figura inconfundible, que no se detiene ante la mampara, que luego corre por la calle esquivando los charcos que la lluvia labró en el empedrado.

Reconozco su forma de caminar, su figura chata, los colores chillones de su americana. Doblo la primera esquina y lo veo comprando tabaco en un quiosco de San Jerónimo. Disimulo mirando un escaparate. Ahora lo veo allí, seguro de que él se ha dado cuenta,

sé más que nunca que en cada paso castrado que doy está la semilla de mi fracaso.

Mario acelera el paso y enseguida lo pierdo. Arrastro la pierna durante un rato por las calles, volviendo siempre a un punto de partida imaginario donde supongo se habrá escondido en busca de un secreto ya conocido. Hasta que lo veo: un local ampliamente iluminado, grandes cristaleras azuladas bajo la luz borrosa de los focos que comienzan a brillar en el aire húmedo de las calles; unas escaleras que descienden hasta el semisótano. Las luces contenidas, azuladas, dan al interior una vaga cualidad subacuática. Muchachos que deambulan entre los taburetes y las mesas de billar con la familiaridad proteica de un animal en su medio.

La noche que comienza, la soledad de las calles y esta lluvia lenta y mansa, de gotas finas y brillantes como lágrimas, traspasadas de la luz de las farolas, es el marco propicio para un encuentro o una despedida.

GARCÍA

- Busca una mujer -me dice.

Los consejos, la mitad en cuartos. Es lo que digo yo.

- No sabes qué triste es. Apenas cuatro personas, y porque a todos nos daba lástima. Nadie porque lo quisiera.

- ¡Quién lo iba a querer!

- A todos nos quiere alguien. Hasta al más malo -dice María.- Por eso es peor la soledad que cualquier otra cosa. Unos se ve que eran parientes, pero tenían cara de fastidio, no de pena, como si les importara más venir a enterrarlo que su muerte. Y haciéndose los impacientes. Daba lástima. Me miraban. Yo había ido por pena, ya lo sabes, pero me miraban como a un bicho raro, como diciendo ¿y ésta qué hace aquí? Y nadie me dirigía la palabra. Y yo decía: ¿y qué hago yo aquí entonces? Vengo para que el hombre no esté solo, que no lo entierren sin que nadie al menos rece un Padrenuestro por él y vea cómo le cierran el nicho como Dios manda y nadie te lo agradece, ¿sabes?

- ¿Quién te lo iba a agradecer?. A Salvador ya le daba igual.

- Pero no es bueno que se entierre sola a la gente. Da miedo y tristeza pensarlo.

María luce su vestido nuevo. Un vestido que la cubre entera y quita frescura a la carne que adivinamos a diario. La línea negra de sus ojos

falsea su mirada.

- Al final da lo mismo.

- No da igual -dice.- Busca una mujer. Si no, vas a acabar como Salvador.

¡A la mierda! Para morirse siempre hay tiempo.

LÁZARO

De nuevo en la calle. Buscando en los recuerdos como un perro en la basura. Hasta esa pantalla azulada en la que veo la misma escena. El mismo aire cargado de humo, los mismos chicos jugando al billar y bebiendo cerveza. Mario, en un rincón, mirándolos, en una llamada sorda a la caridad; inmóvil, ligeros sorbos a una cerveza, llamaradas de su cigarrillo, esculpe con ojos entornados ese misterio opaco que lo envuelve y que busca una y otra vez.

Un poco después alguien se le acerca. Un hombre menos joven que los otros. Beben como bebió conmigo. Un brazo apoyado en la barra, frente a frente, y las amplias sonrisas, invitándose a nuevos cigarrillos, mirando a su alrededor mientras ríen, discutiendo luego amigablemente por pagar la invitación.

Salen juntos. Veo la figura de Mario, que se demora un poco en la puerta del local. Mira a un cielo marrón del que cae una lluvia fina y sucia y tenaz, blandamente, como si estuviera tan ausente, tan lejana como él lo está de mí. Enciende un cigarrillo en un acto mecánico. Se le mojará en los labios antes de dar cuatro pasos. Sube las solapas de su chaqueta y esconde las manos en los bolsillos. El otro le da una palmada en la espalda y ambos echan a andar, embozados bajo la lluvia.

Cruzan la calle y una figura coja y oscura sale a su encuentro desde un portal. Veo el estupor y el resentimiento en los ojos de Mario, la sorpresa del otro cuando Mario no deja de mirarme.

Le digo a viva voz que no puede tratarme así, que lo he estado esperando, que no tiene palabra, que qué se cree... Mario se adelanta y me golpea. Antes de sentir el dolor oigo el golpe, como si algo cayera al suelo mucho más allá. El otro se ríe cuando Mario le dice Es un loco, un cojo que está loco, me persigue como si fuera mi madre.

Todo es oscuro, ciego. Sólo la humedad de la calle es un tacto y un sabor negro que me envuelven, agua estancada entre los adoquines de tacto viscoso y suave como musgo, y un dolor agudo y brillante en la carne, en la agonía de un hilo de sangre que brota de mis labios.

GARCÍA

Tiene el labio partido. Porque uno quiere ser mal pensado. ¿Cómo iba a partirse el labio? Él no se hubiera peleado con nadie. Te obligan a pensar mal a la fuerza. Mejor no saber lo que haría anoche.

Bebe una copa de anís detrás de otra, como si fuera agua. No pestañea siquiera cuando las traga de un sorbo. Pide más y María se niega a servirlas, pero él se empeña, pone billetes sobre la barra, grita, y consigue una botella entera que pone frente a él, como si fuera un espejo redondo en el que verse continuamente la cara deformada.

- Toma, hasta que revientes -le dice María, dejando la botella frente a él.

Luego dice:

- Eso no se hace. Uno va con el corazón en la mano...

Murmura. Lo dice para sí, pero está tan borracho que es incapaz de retener un pensamiento si no lo pronuncia en voz alta.

Bebe una copa de anís tras otra. Sus ojos tienen un brillo de lágrimas, como si estuviera llorando en silencio o como si el anís ya le saliera por los ojos.

- Vas con el corazón en la mano y mira lo que pasa.

Tiene una voz espesa y ronca que parece surgir de su vientre más que de su boca.

¡No se puede evitar ser mal pensado!

MARÍA

- No me gusta que hable igual con un hombre que con una mujer. Igual que con aquella mujer de negro que trajo una vez. Parecía su perro. Y ahora con éste igual. Y si fuera una mujer, todavía. Porque entre un hombre y una mujer se puede entender todo, y si no, mira don José. Me atrapó con la espalda contra la pared y no podía salir, y quería darme un beso, y yo no quería. Una cosa es leerle las cartas y otra que abuse. Y me coge de la mano y me dice que le dé un beso, ¡como yo quiero!, decía, ¡como yo quiero! Y le digo que no, que se quite, que me llaman y tengo que salir y se pone nervioso y casi me grita, pero se calla para que no lo oigan, y lo dice con la voz nerviosa pero callada, como un grito sordo, y se acerca a mí otra vez y me coge de las manos, casi bailaba sobre sus pies, de los nervios, y le digo: que voy a gritar, que se lo voy a decir a García, y él entonces se pone más nervioso y sale corriendo con sus pasos torpes. ¡Qué mal rato!

- ¿Y por qué no avisaste? -pregunta García. Y pienso que García

hubiera querido entrar y pegarle a don José. Me da pena por don José y me gusta que él quiera hacer eso por mí.

- Porque en el fondo me da pena.

- Pues vaya una pena del viejo verde.

- Luego ha venido a pedirme perdón.

- Claro. Primero lo intenta a ver si hay suerte, y si no la hay pide perdón y ya está. Vaya con el viejo verde.

- Después ha venido... Y me ha pedido que me case con él.

García me mira con expresión de sorpresa. No sabe si reírse.

- Dice que me lo dejaría todo. Pero que no quiere estar solo. Que, si no quiero, al principio no me tocará. Que el cariño viene después.

- ¡Qué asco! -ha dicho García, haciendo una fea mueca con la boca.

- También dice que, si no quiero casarme con él que al menos me dedique a cuidarlo, que no quiere morirse como Salvador. Que quiere que alguien vaya a verlo y lo cuide.

- ¡Qué asco! -repite García. La misma mueca.

- No. Es que está solo el pobre.

- ¿Y tú qué le has dicho?

- No sé. Dice que si lo cuido me dejará mucho.

- Seguro que no tiene dónde caerse muerto.

- Es que da pena.

- ¿Y qué le has dicho?

- Que me lo pensaría.

GARCÍA

Será viejo, pero es un hombre. Una mujer decente no cuenta lo que le dicen los hombres. A ver qué se cree. A mí me da igual. Si quiere cuidar a un viejo baboso o dormir con él ¿a mí qué me cuenta?

Será un viejo, pero es un hombre. Y si no, ya ves. A ver si quiere ponerme celoso. Que haga lo que quiera. Pero esas cosas no se dicen. Se las dices a tu marido, si lo tienes, o a tu novio, para que le parta la cara, pero a nadie más.

Y ahora hablando de él. Que si le da pena, que si le da lástima. Lo que le da es asco, pero no lo quiere reconocer. ¡Que si no le iba a decir que no!

Lo que pasa es que el viejo ya no puede ser como hay que ser. Si les das una paliza y después te las tiras, se ponen mansas como un perro. Pero el viejo ya no puede. Son todas iguales. Que se lo pensaría, dice. Lo que hace es decírmelo a gritos.

LÁZARO

Un hombre que no se venga de una ofensa no es hombre. Ni un hombre ni nada.

Me tomo otra copa. Lo veo como si estuviera ocurriendo ahora. No sé por qué el dolor es brillante en la noche. Yo creía que era oscuro y es como si fueran fuegos artificiales o una llama en el corazón.

Bebo otra copa de anís. Cuanto más jodido, mejor me emborracho. El anís me hace ver más claro.

No quiero hablar con García. Está allí, quieto, inútil, perdido, sin nada en qué pensar, sin nada que hacer. Me mira y veo su asco en la cara. No hace falta que me lo diga. Lo siento como si me escupiera. Pero él no es mejor que yo. Mira mi pierna cuando me muevo. Antes no la miraba. Es como si pensara que soy una persona distinta y sintiera una curiosidad nueva, burda y sucia.

Cada vez estoy más borracho. Siento más ligero el cuerpo subido al taburete y más pesada la arquitectura de hierro de mi pierna. Es como si no tuviera pierna. Sólo siento el peso del hierro, el lastre que arrastrar a cada paso, el equilibrio precario, el peso inconcebible que me impide andar, correr y llorar.

Si no tuviera la pierna de hierro podría llorar como los demás.

Veo en el espejo de la botella la sucia escena: lo golpeo, él cae y veo las lágrimas en sus ojos. Me pide perdón, alarga una mano implorante hacia mí...

Limpio la barra con la mano. Ni siquiera me da asco. ¿Por qué iba a darme asco? Veo mi pierna todos los días y no me da asco. Es como ver una silla coja o un coche sin ruedas.

María y García hablan en el otro extremo. Como si yo no estuviera. No quiero hablar con ellos, no quiero que piensen otra cosa mientras me miran a los ojos.

Le he pedido la botella. Está ante mí. Parece agua y quema como fuego. Ya no sólo tengo el dolor dentro. Es un fuego que apaga otro fuego. Es como querer apagar las llamas con gasolina. Me quemo el pecho y la garganta. Miro fijamente la botella y siento en mis ojos la humedad del anís. Siento en mi boca un aliento caliente y en mis

manos el tacto suave y frío del cristal.

GARCÍA

Lázaro dice, más borracho que nunca:

- No se va a reír de mí. ¿Verdad que un hombre que no se toma la justicia por su mano no es un hombre?

Yo le digo que sí, que así es.

- ¿Y si te ofenden, qué vas a hacer? ¿Ir como un crío a un guardia: Oiga, que Fulanito me ha pegado? ¿Verdad que es ridículo?

- Sí, hombre.

Baja la cabeza y murmura:

- ¿Y por qué tenía que pegarme? ¿Para impresionar al otro? A lo mejor lo hizo por eso.

Su cabeza, poco a poco, va descendiendo hasta la barra, hasta que casi se golpea con ella. Entonces la levanta otra vez y dice:

- Y yo me quedé allí tirado, en el fango... ¿Tú le harías eso a un amigo?

- No, hombre. Claro que no se le hace eso a un amigo.

Y María:

- Lázaro, no bebas más.

- ¿Por qué? ¿Es que es malo? Si estoy muy bien.

Y ríe con una cara rota y desfigurada.

- Y la lluvia mojando mi sangre. Esta sangre, decía, llevándose la mano a los labios.

- Y las lágrimas. ¿Es que un hombre no puede llorar?

María me dice:

- Llévalo, que se va a matar por ahí o lo va a atropellar un coche o se va a quedar tirado en la calle, con la noche que hace.

Lo saco del bar empujándole. Camina aún más torcido que de costumbre, como si ahora la pierna no fuera arrastrada por el cuerpo, sino que fuera el cuerpo el que gravitara alrededor de la pierna. Se tambalea, se le tuerce el cuerpo, de un lado a otro de la acera, inclinándose bajo su propio peso y embistiendo sin sentido.

Yo camino detrás, a cierta distancia. Dejo que se golpee contra las paredes, a ver si aprende. Cuando se acerca alguien me alejo para que

no me vean con él. Lázaro se vuelve buscándome y yo me acerco y le empujo. Da un traspiés que casi le hace caer.

LÁZARO

La mujer entra en el bar con su silencio inverosímil. Callada como un cadáver andante, se sienta a una mesa y parece escondida, avergonzada de existir.

Lo pensé cuando me desperté a media noche, con la luz encendida, tirado encima de la cama, la ropa puesta y la habitación oliendo a orines y a vómito y encogido de frío.

Sentí ese frío que se siente sólo unas pocas veces en la vida. Ese frío que te dice que haces algo o te mueres, o que vas a morir y tienes que hacer algo antes, aunque sea lo último. Ese frío que hace un agujero agrio en el pecho, como si te hubieran arrancado de un tirón el corazón y el estómago.

Fue como un sueño o una visión.

Ahora la veo delante de mí y siento un remordimiento anticipado.

Pongo mi plato en su mesa y almuerzo frente a ella.

Le acerco su canastilla con el pan, su vaso de agua, su plato después. Ella come sin mirar a ninguna parte, ensimismada, como si estuviera en otro mundo, en un mundo tan solitario en el que no cupiera nada que no estuviera tras sus ojos grises y blandos. Si le pasa algo lo mismo me lo agradece. Yo agradecería que alguien se acordara de mí cuando ya no pueda más.

El caldo caliente tortura mi garganta, inflamada por la fiebre. Hoy su comer lento, el masticar lastimoso de boca vieja se me hace intolerable. Mis manos me delatan. Tiemblan. Las escondo bajo la mesa. La gente que se amontona en la barra y las mesas, ajena y cómplice, me disimula. La vieja piel de su rostro se estira y se contrae como un cuero viejo y gastado. Los ojos no miran más allá de su mesa, con una fijeza demencial. Una expresión perdida que invita a la piedad. Pero es imposible echarse atrás. Tampoco puedo echarme atrás cuando doy un paso con mi pierna inútil. Tengo que dar la vuelta, pero no puedo echarme atrás.

Tiene el monedero a un lado.

Le digo:

- ¿Quiere usted que pague?

Ella no hace gesto alguno, sólo me mira con esos ojos perdidos y se queda así un rato. Yo ya tengo el monedero en la mano y pongo sobre

la barra ese precio antiguo al que le cobra María. Cuando le devuelvo el monedero la mujer ya se ha levantado y se encamina hacia la puerta, sin acordarse siquiera. La veo salir con su paso indeciso y corto, como si no supiera dónde ir o le diera miedo dar cada uno de sus pasos. Siento una piedad que se rebulle en mi pecho sin domesticar del todo.

GARCÍA

Me dice:

- Es tan fácil. Es como entrar en tu casa, coger lo que quieras y salir como si nada. Ya sabes cómo son los viejos... Y más los que están solos y no tienen a nadie a quien dárselo.

Me mira con una expresión brillante en los ojos, la cara tensa, la voz premiosa y firme.

- Si no lo hacemos nosotros, lo hará otro. Y no le vamos a hacer nada. La vieja no va a estar.

- Si no tendrá nada - objeto.

- ¿Que no? Inclina la cabeza hacia mí. Siento su aliento y sus ojos pegados a mi cara. ¿Has visto algunas joyas de las que lleva? Seguro que tiene que tener otras escondidas. Las mejores.

- ¿Y cómo las vamos a encontrar?

- Las viejas siempre esconden las cosas en los mismos sitios.

- ¿Y si vuelve o alguien la lleva?

- Es imposible. No se acuerda ni de cómo se llama. Hoy he ido a pagar con su monedero en la mano y cuando me he vuelto ya ni siquiera se acordaba.

- Pero alguien te habrá visto pagar con su monedero, y allí estaría la llave.

- Yo no he cogido la llave, sólo he quitado la etiqueta con la dirección, para que nadie sepa dónde llevarla. Entrar es lo más fácil.

- No sé...

- Espérame en la calle si quieres. No entres tú -me dice.

MARÍA

Estaba casi muerta. Dicen que la encontraron en la calle, tiritando de frío en el zaguán de una iglesia.

¡Yo no quiero acabar como ella!

MARIO

A ver qué se cree. No he venido por él. Sólo me faltaba eso. No le he dicho nada, ni siquiera le he dirigido la palabra ni lo he mirado.

Y él venga a mirarme. Lo mismo le duele todavía el puñetazo. Cayó redondo. Como tampoco puede apoyarse mucho.

Y él venga a mirarme. Con esos ojos ligeramente torcidos, que nunca se sabe si está pensando algo o es que le cuesta mirar derecho.

Ahora siento como si tuviera a alguien pegado a la nuca. Es pegajosa su presencia. Al final tendré que decirle algo. Que mire a otra parte o le sacudo otra vez. ¿Qué se habrá creído?

Y el Gordo que no viene.

Me pido un café para entretener la espera. Se acerca la mujer. La mujer no me sonríe esta vez, ni cuando me pregunta qué quiero ni cuando me pone el café.

Encima de que el bar es una mierda, que se le ve la mugre por todas partes, ella no se pasa de simpática. Así le va. Y si es por el otro, yo no tengo por qué aguantar pelmazos. Hablas con ellos un rato, porque encarta, sin más, y ya se creen amigos tuyos de toda la vida.

Como siga mirándome así le voy a partir la cara aquí mismo.

LÁZARO

No me ha mirado. ¡No me ha mirado! Ha pasado a mi lado y ni siquiera me ha mirado. Tampoco se ha disculpado. Ha hecho como si no existiera, como si no me conociera.

Se va a la otra punta del bar. Se detiene ante la barra, con su chaqueta de colores chillones y un pañuelo saliendo del bolsillo. Le habrá dado vergüenza.

Podría haber dicho que iba bebido, que no sabía lo que hacía, que ahora espera a alguien y que ya nos veremos, pero no, ni siquiera me ha mirado. Y ahora está allí, vestido como un figurín barato, empavonado como un gallito, sabiendo que lo miro.

Hace gestos con la nariz, como si aquí todo oliera mal. Se da la vuelta y un poco después se vuelve y me mira directamente a los ojos, con un reto enconado y frío. Sus ojos son dos aguijones que se clavan en los míos, hasta que bajo la mirada al suelo y él se da la vuelta otra

vez, ofreciéndome su espalda y su desprecio.

Un poco después entra el Gordo. Los dos hablan en el extremo de la barra.

Mario ni siquiera me ha mirado. Como si no existiera.

MARIO

Como siga así voy a decirle algo. Como siga poniéndome en evidencia se va a enterar. Qué se cree el muy... Que porque hablara con él un rato... No tenía nada mejor que hacer.

El Gordo se está mosqueando. No le gusta que nos miren.

- ¿Qué mira ése? -pregunta, señalándolo con un movimiento de cabeza.

- Y yo qué sé. Es un infeliz, ¿no lo ves?

- Ah, sí. Es el cojo ese, ¿no?

- Sí.

- Bueno, ¿qué quieres?

- Lo de siempre. Algo bueno, bonito y barato.

- Eso no existe.

- Para ti sí.

- Bueno. ¿Cuánto?

- Más o menos lo de siempre.

- El género ahora cuesta más. Viene de más lejos.

- ¡Quédate con otro!

- Si no...

- Si no ¿qué? Anda que es muy difícil. Cargas la ropa en una furgoneta, haces unos kilómetros y ya está.

- Por eso.

- ¿Entonces?

- Cada vez es más difícil colocarlo.

- Tú tienes amigos fieles.

- Si no, tendría que dejarlo. No te puedes fiar de nadie.

LÁZARO

El Gordo y él tan amigos. Se estarán vendiendo las ropas baratas de contrabando que luego Mario lleva a no sé dónde a vender. Por eso ha venido.

Lo dijo aquella noche. Si no tuviera un apaño no llegaría a final de mes. Porque no quiero denunciarlo, que si no...

El Gordo me señala con la cabeza, descaradamente. María está ahora frente a mí. También me mira. Hacen su trato acodados en la barra. De vez en cuando veo cómo Mario levanta la cabeza y me mira por encima del hombro del Gordo.

Ahora se estrechan los dos y dicen algo. Sé lo que están diciendo. Un rato después discuten por pagar los cafés. Al final invita Mario. El Gordo está mirándolo y después se vuelve hacia mí. También su mirada es de advertencia.

Cuando pasan a mi lado camino de la calle el Gordo me mira con curiosidad. Mario ni siquiera me ha mirado. Como si no existiera.

GARCÍA

Es tan fácil que asusta pensarlo. Como entrar en tu propia casa y llevarte lo que quieras y que nadie te diga nada. Tan fácil que da miedo. Y eso que yo me quedé en la calle. Si aparecía alguien yo debía hacer algún ruido. No sé si me hubiera ocurrido algo.

Hubo un momento en que me pareció ver el resplandor de la linterna a través de una ventana. Temblaba de miedo y de frío.

Vete tú a saber dónde estaría la vieja.

No podía creer que pudiera ser tan fácil.

No había mucho, pero algo es algo. Objetos religiosos sobre todo: rosarios con cuentas de plata, de marfil, medallas de oro y plata, gruesas sortijas de oro, algún crucifijo y algunos pendientes y collares. Un antiguo esplendor venido a menos.

Yo estaba escondido al otro lado de la calle. Si algo pasaba yo no tenía por qué quedarme.

Pero fue tan fácil que no puedo dejar de preocuparme. Cada vez que veo a Lázaro es como si viera la derrota en persona. Cuanto más lo miro más comprendo que no puede tener suerte.

MARÍA

- ¿Has visto a Lázaro? Necesita que alguien lo cuide y le ayude -le digo.

- Ése no es mi problema -dice García.- A mí tampoco me cuida nadie y no me he muerto.

- Esta mañana lo he visto llorar sobre la barra. Cuando he salido ha disimulado, pero me he dado cuenta. Entonces se ha ido al servicio, para que no lo viera.

- Llorar es bueno para los ojos.

- ¿No te importa nada?

- No.

Me quedo callada un momento. Después le digo:

- No es bueno que un hombre esté solo.

García me mira a los ojos como yo lo miro a él.

LÁZARO

...era una voz ahogada sin rostro una luz tenue en la negrura...

Miro su grueso y receloso rostro. Desprende un olor a tierra húmeda y a sudor, como una bestia encerrada bajo tierra. Tiene los ojos abyectos escondidos en la carne, la boca floja que dibuja en los labios un gesto de burla.

Ha dejado caer su descomunal cuerpo en un sillón demasiado estrecho cuyos brazos lo atenazan; se mueve incómodo. Se ha echado hacia atrás, mirándome con una línea diminuta de los ojillos entornados, esperando cualquier decepción de antemano divertida.

El cuarto es oscuro, medio subterráneo, un entresuelo; una bombilla desnuda y amarilla ilumina o ensucia la entrada en la que pomposamente ha instalado una mesa de escritorio de segunda mano. Tras él, montones de ropa revueltos, tirados, amontonados; percheros a los que desborda la ropa y espejos sucios.

Me mira de arriba abajo con esa expresión divertida en la cara.

- ¿Qué quieres?

- Ver lo que hay.

- Aquí no se ve. Si quieres algo lo dices y si no, ya sabes.

Apunta con los ojos en dirección a la puerta.

- Quiero una americana.

El Gordo se calla y se queda mirándome como si hubiera dicho algo gracioso.

- Me han recomendado el sitio. Como aquí no se pagan impuestos.

Al Gordo no le hace gracia.

- ¿Quién te lo ha recomendado?

- Mario.

- ¿Mario?

- Sí. ¿No te acuerdas? El otro día, en el bar.

- ¡Ah! Pues no parecía muy amigo tuyo.

- Estaba enfadado.

- ¿Seguro que ha sido él?

- ¿Quién si no?

- ¿De cuánto dispones?

- De lo que haga falta.

- Ah, sí -el Gordo mira la pierna como si a través de ella adivinara la vía de adquisición.- ¿Y qué quieres, una chaqueta? Te habrá dicho que aquí no vendemos al por menor.

- Bueno, pero alguna fácil de vez en cuando... Yo tampoco soy muy exigente.

- Ya.

El Gordo se levanta, pesado y lento, resoplando. El sillón de vieja madera cruje bajo su peso. Me mira de reojo y se adentra en otra habitación, encendiendo una luz tan muerta como la que me ilumina. Se pierde de la vista un segundo. Es todo cuanto necesito. Arrastro la pierna como si no pesara y me acerco a un montón de ropa. Saco del bolsillo un sobre -una medalla de plata y un rosario de marfil- y lo dejo bajo la ropa, detrás de su mesa.

Cuando vuelve lleva una chaqueta colgando de su mano gorda y corta como un muñón. Me la pruebo delante de un espejo que devuelve una imagen ligeramente achatada y sucia. Es un género barato.

- ¿Cuánto? -Le pregunto.

- Cuatro billetes.

- Estas luces artificiales engañan.

- Si no te gusta la dejas.

- No. Toma.

Saco el dinero y pago sin discutir el precio.

Es como un mal que lo captura a uno y lo hace suyo. Infierno y luz

en la sed de dolor que se instala en el pecho y no deja respirar. Como esas heridas que escuecen y uno las mira, las toca, hasta que el dolor se hace dulce como una fruta que se tiene mucho tiempo en la boca.

Es fácil burlar la adormilada sombra agazapada tras la sucia mampara.

...era una voz sin rostro ahogada una luz tenue en la negrura un pensamiento inacabado antes de que el brazo...

Subir unas escaleras que parecen conocidas de tanto imaginarlas. Hay un olor dulzón a tierra húmeda, a macetas viejas y resquebrajadas con plantas tísicas. La cerradura es asequible. Un clic seco que recuerda al de mi pierna.

La puerta gira chirriando lenta y débilmente. La habitación se ilumina a intervalos, en círculos amarillos rodeados de una penumbra fría. Cierro la puerta con cautela. Miro las cosas que hubiera hecho mías... Pero no dejo que un sueño gastado menoscabe mi proyecto.

Mejor cuanto más vulgar. Entre el colchón de espuma y el somier hundo un sobre igual al anterior que le he dejado al Gordo.

Curioseo por la habitación. Es la habitación de una pensión barata. La cama, un armario donde cuelga su ropa perfectamente dispuesta en las perchas y ordenada en los cajones, una silla, un lavabo en el que hay rastros de barba, de espuma de afeitar y una cuchilla, y una mesilla de noche en la que hay papeles y unos billetes. Me guardo uno de los billetes en el bolsillo del pantalón. Sonrío y veo mi sonrisa negra y amarilla en el espejo que cuelga sobre el lavabo. Mi cara es una impresión de rasgos fugaces en el negro del espacio.

Es una culminación necesaria, imprescindible. Una reivindicación sorda que escapa a cualquier otra consideración. La busco en barrios empinados y calles sinuosas y estrechas que conozco, arrastrando la pierna, un paso tras otro arrastrando la pierna, hasta la pocilga en la que vive.

La mujer de negro apenas me mira. Sabe lo que quiero. Ya lo dijo: Búscame cuando tengas dinero. Ahora tengo dinero. No mucho. El suficiente para comprar algo tan barato. Ella se ríe cuando me ve. Me da asco y es la mejor arma que tengo.

...era una voz sorda perdida en la oscuridad de los pasillos en la negrura sellada de las habitaciones una voz vacía como aquel aire negro de pesadilla y miedo una sombra en la negrura que creí un fantasma o un espejismo hasta que oí el golpe sin saber de dónde había partido el golpe sin saber dónde había golpeado sin saber si estaba herido o muerto como algo irreal nada ha ocurrido no puedo olvidar la voz...

Ella se ríe. Mastica con la boca abierta y se ríe. Traga y vuelve a reír, pero ahora no abre su negra boca. Ahora cuando ríe su cara se rompe en tiras de piel que conforman una mueca de espanto. La sigo. Entra en una habitación. Huele a sumidero. Se tiende en la cama. Eleva y abre las piernas. Se queda mirándome, sonriendo. Mueve las piernas de un lado a otro, como si jugara. Me acerco a ella. Saco un puñado de billetes del bolsillo. Los tiro sobre su cuerpo, sobre la falda negra subida más arriba de los muslos.

La toco en el interior de su carne. Ella recoge los billetes y los aprieta en su puño. Yo hundo mi mano en su carne. Ella se eleva y se retuerce sobre mi brazo, como una serpiente sobre el tronco de un árbol. Aprieto hasta que le hago daño, tan fuerte como ella empuña esos billetes mientras grita.

- ¿Quieres que te acaricie donde tú sabes? -Dice.

Empujo con más fuerza hasta que grita de nuevo.

- Quédate quieto -dice.

- Quieta tú o devuélveme los billetes -le digo.

- No.

- Ven aquí -le digo.

Hago que baje de la cama. Yo me siento en el borde; la tengo frente a mí.

- Arrodíllate.

Se inclina hacia mí. Lo último que veo antes de cerrar los ojos es su negra boca. Respira agitada, gime, susurra, simula, y yo me pregunto cómo puede tener algo de humedad un cuerpo como el suyo. Ella acaricia mi pierna mientras se gana el puñado de billetes.

Cuando acaba escupe a un lado y sale de la habitación.

Me voy de la casa sin verla. Salgo a la calle y siento como si el alma y el cuerpo fueran tan ágiles como pájaros, tan ligeros como plumas.

GARCÍA

No ha venido desde hace dos días. Estoy con el alma en un hilo. A cada momento me surgen nuevos temores, nuevas ideas de lo que pueda hacer o decir, de dónde habrá podido ir o de lo que le habrá podido pasar.

- ¿Ha venido Lázaro? - le pregunto a María.

- No. Hoy tampoco ha venido.

Salgo a cada momento, con cualquier excusa, intentando alejar de

la cabeza las conjeturas y los temores, pensando siempre si lo habrán cogido, si me habrá delatado, rememorando a cada instante cada uno de los pormenores de la otra noche en busca de algún indicio que siempre incrementa el miedo.

Salió corriendo del edificio. Arrastrando la pierna casi en el aire, saltando como un grillo.

Tenía la expresión descompuesta, como si hubiera visto un fantasma.

- ¿Qué ha pasado? ¿Te ha visto alguien?

- No, no -repetía.

Y tiraba de mi brazo alejándome como si el impedido para correr fuera yo.

- ¿Te ha visto alguien? - le preguntaba a cada instante.

- No, no. Te he dicho que no.

- ¿Ha pasado algo?

- No. No. Que no. ¡Vámonos!

- ¿No ha venido Lázaro? - le pregunto a María.

- No. Hoy tampoco ha venido.

- ¿No sabes dónde está?

- No. A lo mejor ha encontrado una mujer -dice ella sonriendo.

- ¿Y qué va a hacer él con una mujer?

María se queda mirándome, muy seria al principio; después sonríe, picarona.

MARÍA

Tenía que pasar. Estaba visto que tenía que pasar. Y que no nos íbamos a apartar ninguno de los dos si se presentaba la ocasión.

Hacía falta un empujón, algo. Y como hacía tan mal día, ¿qué podíamos hacer si no? Esperar y esperar en el bar, solos, hasta que escampara. Ni un alma en el bar ni en la calle. Sólo él, que decía que esperaba a Lázaro. Pero no iba a estar toda la noche esperándolo, ¿no? Tampoco sería tan urgente.

- ¿Y de qué tenéis que hablar que no puedas dejarlo para mañana, con la noche que hace? Mañana será otro día -le dije.

- No, prefiero esperarlo ahora.

Yo lo sabía. Si no se iba antes de que cerrara el bar tenía que pasar.

No se puede tentar tanto a la suerte.

Y tuve que cerrar antes de tiempo. Con la noche que hacía, ¿quién iba a venir?

Estaba con él, sentados los dos ante la mesa, mirando la televisión. Le había servido una copa del mejor güisqui, el que tengo reservado.

La verdad es que estábamos en el bar como si fuera el salón de una casa. Entornabas los ojos y mirabas sólo la televisión y parecía otra cosa. Yo no quería que Lázaro viniera. Si aparece, lo mato.

García miraba la tele y de vez en cuando también a mí, de reojo. Yo también miraba la tele, pero a él lo tenía en el rabillo del ojo. Que no se me iba, vamos.

A veces se encontraban las miradas, un poco torcidas, como el que no quiere la cosa, y sonreíamos levemente, como dos críos.

Más tarde le dije:

- Tengo pensado hacer unas reformas en el bar.

- ¿Qué vas a hacer?

- ¿Te gusta el bar?

- Un bar –dijo, encogiéndose de hombros.

- ¿Pero no hay nada que te guste más en este bar que en otros?

- Claro. Si no, no vendría.

García me mira a los ojos. Yo lo miro también. Desvía los ojos y siento cómo pasan por mi piel como algo muy suave y un poco frío. Desvía los ojos como lo he visto hacer otras veces, recorriéndome con ellos, con una mirada como si pudiera tocarme, sobre todo en las partes que la bata no cubre, en los brazos, en el escote, en el cuello.

Me da un escalofrío, de tan clavados como tengo sus ojos. Me quedo callada un rato, sin saber qué decirle.

- Debe ser difícil para una mujer sola llevar un bar como éste.

Yo le digo que sí, que muchas veces se ponen pesados los borrachos, y que te ven débil porque eres una mujer, que entonces echo de menos un hombre que me defienda.

Siento sus ojos clavados en la piel mientras le hablo, son dos agujas oscuras y un poco húmedas. Un momento después la humedad es de su boca, que no sé cómo ha llegado hasta la mía. No sé cómo ha pasado, es como si hubieran borrado esos momentos, como si me hubiera mareado un momento y luego sólo recordara sentirlo a él.

GARCÍA

¡Y ese imbécil sin venir! ¡Le voy a dar...! Eso no se hace. No puede tenerme así, en ascuas, sin saber si ha pasado algo.

Y ella al fondo, tan sonriente. Seguro que está cantando mientras cocina, seguro que reza cantando el Padrenuestro mientras echa los huevos...

Me manda besos cuando nadie la ve, desde el fondo de la cocina hasta el otro extremo de la barra, donde estoy.

Pone los dedos en los labios y dibuja un beso. Es patético. Tocas a una mujer y es tuya. Es más seguro que un banco. Todas son iguales.

Salgo a tomar el aire un rato, por no desesperarme, y me dice que vuelva pronto, como si tuviera alguna obligación.

Cuando vuelvo me encuentro a Lázaro sentado en un taburete, como si nada. Tiene una sonrisa ida, cuando me mira, de loco; es como si su cara de cera se hubiera vuelto rígida, una cara de palo, tiesa, en la que destaca el brillo excesivo de los ojos, como si acabara de drogarse o algo así.

Lo saludo con una Hola frío, a distancia. Paso a su lado y entro en la cocina. María se mueve entre las cacerolas y los humos y el olor a aceite refrito. Me tiende una mano al verme mientras con la otra sostiene un cucharón con el que prueba un guiso. Estrecho su mano, que tiene un tacto húmedo y caliente.

Hace un calor insoportable en la cocina. María lleva la bata más abierta que cuando sale afuera. Un botón que se cierra muy abajo sobre el escote. Pongo un dedo en el inicio de sus pechos. Lo aprieto con fuerza y la beso donde antes he puesto el dedo. Ella mira hacia afuera y se ríe como una muchacha.

LÁZARO

Veo a García que entra en la cocina. Pasa a mi lado y apenas si me dirige un Hola serio. Está arrepentido, quisiera no conocerme.

No sabe lo que he hecho. Si lo supiera no sé lo que haría. Me imagino su cara llena de espanto y de miedo, las manos llevadas a la cabeza, y la ira luego, cuando intentara golpearme. No sé lo que haría realmente.

Ríen mucho. Como apenas hay gente se pueden oír sus risas. A mí ya sólo me queda esperar.

García sale de la cocina y se acerca.

- ¿Dónde has estado?

- Por ahí.

- ¿No habrás hecho nada con las cosas?

- No.

- ¿Dónde están?

- Escondidas.

- ¿Dónde?

- Es mejor que lo sepa uno solo.

- ¡A ver lo que haces con ellas! Como se te vaya la mano...

- ¿Qué?

- Que no hagas que me arrepienta.

- Ya estás arrepentido.

- Puede ser. Para lo que sacamos.

- Tú no tienes nada que temer. Sólo estuviste allí, en la calle. Yo si me juego... Es mi problema.

- Y el mío.

- Te digo que es como si tú no hubieras estado allí.

- Pero estuve.

- Nadie lo sabe.

- Tú sí.

- Eso es como si no lo supiera nadie.

- Mejor así. No me jodas, ¿eh?

- No, hombre. Ahora menos que nunca.

- ¿Qué quieres decir?

- Nada, hombre. Que ya veo que estás trabajando tu futuro.

Yo miro hacia la cocina y veo que los ojos de García me siguen.

- Ten cuidado con lo que dices.

Me lo dice mirándome fijamente, con una voz fría que es una amenaza.

- Tranquilo - le digo.

- ¿Qué has hecho con las cosas?

- Están escondidas.

- ¿Cómo las vamos a vender?

- Eso es cosa mía.

- ¿Y mi parte?

- ¿No dices que te arrepientes?

- Quiero mi parte.

- Tranquilo, la tendrás.

- ¿Cómo que esté tranquilo? He estado dos días sin saber si te había pasado algo.

- Tranquilo, te digo.

- No quiero estar tranquilo, quiero saber qué pasa. ¿Está claro?

- Si pasa algo nadie va a saber de ti.

- ¿Cómo puedo estar seguro?

- Yo no soy ningún chivato. ¿Te crees que porque tengo la pierna así soy peor que tú?

- Yo no creo nada. Sólo quiero estar seguro de que no te emborrachas y se lo cuentas al primero que pasa.

- Cuando me emborracho me pongo de muy mala compañía.

- Cuidado con lo que haces.

MARIO

Ahí está, como siempre, mirándome. Querrá que le parta la cara otra vez.

Se está buscando que me acerque y le diga que como vuelva a mirarme... No, como vuelva a verlo, donde sea, le parto la cara.

Tendremos que quedar en otro sitio para la próxima vez. Como lo vea el Gordo mirarnos lo mismo le da. Ése se lo piensa menos que yo.

GARCÍA

Dejo a Lázaro. No quiero discutir más con él. Le ha quedado claro que si da un paso en falso allí estaré esperándolo.

Ni amistad ni nada. Cuando se trata de tu pellejo es tu pellejo. Y nadie más.

Me acerco a María. La veo trajinar en la cocina, sonríe. Yo ahora no puedo sonreír. Es imposible. Como si alguien hubiera puesto cemento en los músculos de mi cara. La tengo rígida, como una máscara de

cartón.

María huele a cocina, a aceite refrito. Pruebo una tapa y todas me saben igual.

Miro a Lázaro, que ya ni piensa en lo que le he dicho. Mira fijamente a Mario, que está al otro extremo del bar, solo. Siempre parece que está esperando algo.

Sus miradas se cruzan a través del local y de la escasa clientela, como si fueran armas y ellos estuvieran velándolas, retándose en silencio.

Da asco verlos mirarse. Aunque sea así, odiándose. Parece otra cosa.

LÁZARO

Entra el Gordo y se dirige hacia Mario con paso presuroso y contundente, que sorprende en él, como si entre ellos no hubiera gente ni mesas ni taburetes. Pasa a mi lado y veo sus ojillos escondidos en la carne que son dos llamas clavadas en Mario, que le tiende la mano al Gordo. Pero el Gordo no responde al saludo.

Mario, que se había separado un poco de la barra para recibirlo, retrocede un paso hacia atrás, acobardado de cómo lo mira.

No me había equivocado. Sólo me quedaba esperar. Contemplar desde mi taburete. Pido una copa. La escena lo merece.

Los oigo discutir en voz baja. Un tono contenido que está a punto de explotar. Yo también estoy a punto de explotar, una explosión callada y lenta de mi carne, una alegría inmensa y dulce que procuro alargar mientras veo su gesticulación, la cara de asombro de Mario, el atropello del Gordo.

Es un rencor hecho carne.

Olfateo el aire como un perro. Olisqueo la sangre y encuentro su aroma dulce y espeso como una prueba de amor... como aquella noche...

El Gordo va subiendo el tono de su voz y aumenta la violencia de sus empujones a Mario.

- ¿Qué has hecho, imbécil?

- No he hecho nada. No sé de qué me hablas.

- ¿Conque no? Ha estado la policía a verme. Es la primera vez en siete años que veo a un policía en mi negocio.

- Yo no sé nada, te lo juro.

El Gordo sacude a Mario por las solapas y lo empuja contra la pared y la puerta del servicio. Después le da una bofetada. Mario gimotea, chilla, intenta escapar. El Gordo lo atrapa de nuevo contra una mesa. El Gordo saca una navaja, que medio esconde tras su enorme cuerpo.

La gente se queda mirando, sin saber qué hacer, sin ver la navaja. Yo sigo con la vista los movimientos del brazo del Gordo que acerca la navaja al cuerpo de Mario. Mario agarra la mano del Gordo que sostiene la navaja y recula hacia atrás ante el ímpetu del otro. Lloriquea, gime, suplica, y dice entre labios, con sus ojos arrasados de lágrimas y la boca húmeda de saliva y miedo, que él no ha hecho nada.

MARIO

El Gordo me apunta con su navaja. Dice: Me has vendido. Yo le grito con la voz ahogada que no lo he vendido, que no sé nada, que no sé por qué ha ido a verlo la policía.

Me agarra del pecho y me estrecha contra la pared, casi me asfixia. Su brazo es recio y mis manos no pueden abarcarlo. Le suplico, le digo que no sé nada. El Gordo no me cree, me pega con su puño redondo y caigo sobre la mesa.

El Gordo me apunta con su navaja, como un afilado dedo de acero. La navaja no es grande pero su hoja brilla como plata.

- ¡Si has sido tú te rajo! -me lo dice tan cerca de mi cara que siento su aliento caliente.

- No... No...

Entran dos hombres. Los veo porque vienen corriendo hacia nosotros y yo pido auxilio con los ojos. Le digo que hay más gente, que lo van a ver. La gente mira, pero no hace nada. Los dos hombres ser acercan corriendo, apartando a la gente.

El Gordo me aprieta en un rincón. Puedo ver los helados y la fruta en la vitrina de cristal. La pared cede bajo el empuje de mi espalda. Es la puerta del servicio. Huele igual que aquel día que lloré aquí adentro.

El Gordo me grita con voz sofocada. Siento el tacto frío de su navaja que me roza la mano con que intento sujetar su brazo.

Los dos hombres están detrás del Gordo, que no se ha dado cuenta. Le ponen las manos en los hombros, quieren sujetarlo. El Gordo se

vuelve, los ve y me mira de reojo un instante; veo en sus ojos la estela de plata de su navaja que entra en mi carne, sin dolor, entre los dedos rojos de sangre. Es como si la sangre estuviera en los dedos antes de que la navaja entrase en mi cuerpo con su dulce frialdad.

Un momento después pienso que estoy en el suelo. Que hay un suelo húmedo. Huele igual que aquélla vez. Huele a orines y a amoníaco. Miro al techo y hay una bombilla mísera y sofocada que está a punto de caer sobre mi cara y estallar.

LÁZARO

La sangre de Mario humedece el sucio suelo del bar. Cada uno tiene al final lo que se merece. No debería haberme tratado así. A cada uno le llega su hora.

Tiene el cuerpo doblado como un muñeco. Caído medio cuerpo dentro del servicio, oliendo a letrina. Las manos sobre la barriga ensangrentada. Gimotea con una voz lenta y profunda, incoherente, como si no estuviera ya en este mundo.

El Gordo es esposado mientras dice: Yo sólo quería asustarlo. Ha sido un accidente. Sólo quería asustarlo. Ha sido un accidente.

Hay una niña junto a él. Alguien aparta a la niña. La niña vuelve tranquila a una mesa de donde sale una mujer que la alza en brazos.

Veo su carita que me mira. Tiene los cabellos rubios sobre la carita de Ángel. La niña parpadea. Tiene una expresión de tranquilo asombro y se queda mirándome.

Todo el mundo se ha alejado, ha corrido hacia la calle. Algunos han salido del bar y están nerviosos, gesticulando y hablando. La niña, sin embargo, me mira solemnemente:

- Mira, mami -dice.- Va vestido de negro.

La madre deja desordenadamente unas monedas sobre la barra y sale corriendo con la niña en brazos.

Sólo yo me he quedado en mi sitio, sentado en mi taburete, erguido para ver lo mejor posible.

María se lleva las manos a la cabeza y a la boca. Está a punto de gritar. García da la vuelta alrededor de la barra y se acerca a María. La estrecha por los hombros y la empuja hasta la cocina.

MARÍA

Debían llevar un rato discutiendo, aunque yo no me enteré de nada

hasta el final. Pensé, la primera vez que los oí, que eran García y Lázaro, que últimamente han tenido sus roces. ¡Dios mío! Cuando salí y vi aquéllo... Eran el Gordo y Mario. Yo no podía ver la navaja porque me tapaba el mostrador. Sólo veía el enorme cuerpo del Gordo, y a los hombres que intentaban sujetarlo por detrás y a Mario que se vencía hacia la pared y después iba cayendo muy poco a poco, como sin vida, pero con los ojos muy abiertos y la boca también abierta y la cara hinchada como si estuviera soplando y luego lo perdí de vista y cuando volví a verlo estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y se fue cayendo hacia un lado, hasta que se abrió la puerta del servicio y entonces sólo podía ver sus piernas y su vientre y la mancha, la horrible mancha roja, y ya su pecho y su cara no los podía ver.

Mientras, los dos hombres pegaban al Gordo y lo cacheaban, le ponían las esposas y uno se volvía hacia mí y me decía que si tenía teléfono, y yo debí quedarme traspuesta, mirándolo como una tonta, porque tuvo que repetirme la pregunta y yo no sabía qué contestar.

Entonces sentí en mis hombros las manos de García y oí su voz que decía que no teníamos teléfono, y sus manos me empujaron suavemente hasta la cocina, y dejé de ver la sangre. Ya no veía la sangre, pero la tenía en los ojos como si la estuviera viendo, como si las lágrimas que brotaban de ellos sin que pudiera evitarlo fueran también de sangre.

GARCÍA

Yo no sé nada. ¿Por qué iba a saberlo? A mí ni me va ni me viene. Que se maten si quieren, por mí... Además, si lo supiera tampoco lo diría.

- Y por esto, ¿cuánto tiempo pueden tener cerrado el bar? -pregunta María.

- Yo no sé nada, señora -contesta el policía.

- ¿Pero será mucho? -insiste ella.

- No lo sé, señora. Eso depende de mis jefes y del juez -repite el hombre.

- ¿Pero lo ha matado? -pregunta angustiada María.

- Cuando se lo ha llevado la ambulancia estaba vivo -replica el policía sin mirar, con paciencia acostumbrada.

- Esto va a ser mi ruina -solloza María.

Le he traído una silla a la cocina. Para que no salga fuera y no

tenga que ver la sangre otra vez. Se pasa la mano por los cabellos revueltos. Su rostro ha envejecido en un momento. Las lágrimas han abierto surcos en la piel de su cara como si fueran ácido. Me coge de la mano y solloza con ella pegada a la cara. Siento la humedad de sus lágrimas en mi mano y no puedo aguantar el calor de su cocina.

Fuera se oye el murmullo de la gente que pide que le devuelvan el dinero de sus comidas. Le digo a María que no se preocupe.

Se acerca otra vez el policía:

- Señora, ¿sabe si comía aquí una anciana que la pobre no se enteraba de nada, que vivía sola, cerca de aquí?

- ¿A la que robaron la otra noche? La pobre. He oído que la dejaron tirada en la calle. Como no se acordaba de dónde vivía siquiera...

- No la dejaron en la calle, señora. Apareció muerta de un golpe en la cabeza en su casa.

María da un grito salvaje y carnívoro que me traspasa como si fuera un afilado cuchillo. El horror de mis vísceras se desgarra en el calor asfixiante de la cocina, como si tuviera la piel ardiendo y el corazón helado.

- Sí, señora. Alguien entró a robar, seguramente pensando que no había nadie. La mujer oyó algo, salió y la golpearon en la cabeza.

- ¡Dios mío!

Enciendo un cigarrillo como si fuera lo único o lo último que pudiera hacer en la vida. Tengo la sensación de que en cuanto el hombre me mire a la cara me pondrá las esposas. Aprieto mi mano con la otra para que no tiemble.

La huida por la calle: No pasa nada, todo está bien, nadie me ha visto, ¡vámonos!, y Lázaro saltando como nunca, como un grillo loco, con la pierna colgando.

Miro a Lázaro, que sigue en su taburete como si nada hubiera pasado o como si lo estuviera esperando. Ve pasar a su lado al último enfermero, a los policías, que le dicen que se retire. Tras él se ve a la gente, nerviosa, excitada, que miran con curiosidad bajo los resplandores de colores de las luces de los vehículos policiales.

Miro a Lázaro y su figura negra, que ahora se baja del taburete para irse. Es como una araña espesa y negra en el bar, como una araña espesa y negra cuyo calor es el que me asfixia.

LÁZARO

Sangraba como un cerdo. ¡Y los tíos ésos! ¡Al Gordo lo han empapelado bien! Eso por mirarme como me miraba. Lo han golpeado y lo han tendido boca abajo sobre la mesa. Las esposas apenas podían agarrar las gruesas muñecas de cerdo.

Y Mario desangrándose en el rincón. Otro cerdo. La cabeza apoyada en la puerta del servicio que se abría poco a poco bajo el empuje de su cuerpo inerte. Y luego tendido, la mitad del cuerpo dentro del servicio y la sangre en el suelo.

Dentro de un rato encontrarán los sobres. En la pensión y en el asqueroso entresuelo del Gordo. Ha sido tan fácil como llamar por teléfono.

Dulce espectáculo para quien ha vivido tantos días sin vivir, sólo esperando y esperando, imaginando la escena de mil formas, cómo brotaría su dolor ahora convertido en sangre. Un dolor rojo y dulce y espeso, rojo y dulce y espeso.

Viendo y huyendo. Huyendo de aquéllo y soñando con ésto, como peldaños sucesivos de la misma escalera. Fue necesario ese dolor para sentir éste de ahora, tan vivo, el rencor hecho carne viva que escuece y es dulce...

...veo la sombra lenta como veo caer a Mario lento empujando con su cuerpo la puerta hasta quedar tendido la boca entreabierta y de ella parece provenir otra vez la voz ahogada vieja fría penumbrosa de la figura que aparece de repente veo los ojos de la niña como si el fantasma oscuro de la noche tuviera esos ojos brillantes y tranquilos que me miran y decían va vestido de negro el mismo negro rodea los ojos de la niña como si no hubiera nada más de color en el mundo...

...oigo un golpe seco y miro mi mano mi mano está desnuda y blanca como un cuchillo sobresaliendo de mi manga negra y tiene los huesos marcados de un esqueleto y en ella no hay nada en la mano hay un golpe sin sangre que no veo un golpe vacío como mi memoria...

GARCÍA

Le digo a Lázaro antes de que se vaya:

- ¿Sabes algo de esto?

- No -dice sin mirarme, volviéndose hacia la puerta.

- ¡Espera! -le ordeno, la voz tensa, a punto de estallar en gritos.

Estoy tan cerca de su cara que puedo oler su aliento, ver mi rostro desencajado en su pupila, oír mis palabras como si no salieran de mí mismo y mi protesta brotara de algo inmaterial existente en su mirada

y en el gesto desdeñoso de sus labios.

- ¿Y de una vieja que estaba en su casa y...?

- No sé nada de ninguna vieja. Y sería mejor que tú tampoco preguntaras nada.

- Han interrogado a María. Saben que comía aquí. ¡Cuando tiren de la manta nos van a coger!

- ¡Yo no sé nada!

- ¿Por qué no lo dijiste? -le digo, empujándolo hasta un rincón. Su pierna se arrastra detrás de nosotros.

- ¿Para que te asustaras como ahora? Bastante asustado estaba yo.

- Pero yo creía que había sido limpio.

- ¿De qué te preocupas? Ni siquiera te acercaste al edificio. Sólo mirar la pared te daba miedo.

- ¡Yo no soy un asesino!

Lázaro me devuelve el desprecio con sus ojos oblicuos y negros. Son los ojos de un desesperado.

- Tal vez seas un cobarde -dice, desafiante.

Los dos nos miramos un instante. Es suficiente para medir la distancia y el miedo y el odio.

- ¿Vas a chivarte? -me pregunta con el deje de ironía de quien admite de antemano la posibilidad de la indignidad ajena.

- No. Pero si me entero de que tú largas, te mato.

- Es la segunda vez que me amenazas. ¡Suéltame!

Lázaro da un tirón de su brazo y se zafa de la presión de mi mano. Se va hacia la puerta dando largas cojetadas, empujando con saña la acristalada hoja que golpea uno de sus flancos.

MARÍA

- ¿Cuánto tiempo tendrán cerrado? Esto puede ser mi ruina. García me dice que no me preocupe. Apenas habla. Está ensimismado. A él también le ha afectado ver la sangre, aunque no lo reconozca. Le digo que se venga conmigo esta noche, que no quiero estar sola, que no quiero acabar como la vieja, que he visto la sangre y me da miedo.

LÁZARO

- Tú no puedes comprenderlo. Ya sé que estoy borracho, y más que lo estaré, y que estoy loco. Y que he matado. Tengo pesadillas, ¿sabes? Y aparece allí, una sombra, encogida como si tuviera frío, con una voz ahogada que es como la voz de una muerta, porque aquéllo parecía ya una tumba. Una tumba grande como una casa, pero una tumba, porque yo vi como si fuera en sueños aquella cosa que hablaba y tuve miedo y no sabía lo que hacía y te juro que cuando oí el golpe no sabía qué había sido, porque era como si sonara lejos una puerta que se cierra o algo así, y entonces la sombra cayó al suelo y yo ya no supe nada más, sólo que tenía que huir y salí al pasillo y bajé las escaleras y yo no sabía qué había pasado y ahora tengo pesadillas, pero no sabía qué había pasado.

Ahora porque estoy borracho, tumbado en mi cama, y tú no me crees. Pero fue así. Y yo quería hacerlo porque no podía dejar... Quien ofende debe pagarlo, ¿sabes? Y él... Era una cosa hermosa y hay que castigar a los que rompen las cosas hermosas. Cuando lo vi allí casi estuve a punto de llorar de pena. Y vas y te haces su amigo, con la verdad por delante y el corazón en la mano, como hacen los hombres, y en cuanto se les pasa te traicionan... Quien la hace que la pague ¿no? Estoy muy borracho, pero sé lo que me digo... Tú no ves más que esta habitación, pero es tan grande como el mundo, ahí donde la ves, ¿a que no lo sabías? ¡Lo que yo he pensado aquí...! Pero luego se fue y cuando lo vi me pegó. No es que lo buscara por algo, ya no me acuerdo, iba con otro, de eso sí me acuerdo, y me pegó y no puedes dejar que te peguen porque entonces no eres nadie y yo quiero que me respeten... Mira, me caigo de la cama porque no puedo estar de pie... dame agua del grifo... la boca se atropella como la memoria... yo la vi allí... pero no sabía lo que hacía ni lo que pasó... y no quería que tú fueras... pero me dio miedo hacerlo solo... ¡Ah! si dejas que te peguen no eres hombre ni eres nadie... nadie... porque yo tengo la pierna así... tengo la pierna así desde hace mucho tiempo... pero está tan lejos... para entenderme tendrías que tener la pierna así... ¿a qué has venido?, ¿a vigilarme?... cuando me emborracho me tumbo aquí a ver esta pared que está siempre húmeda... ¿te das cuenta cómo huele?... así huelo yo, como una pared vieja con salitre y todo... pero no podía dejar que me humillara... era lo último... porque entonces no eres nadie... y yo quiero que me respeten... que no me quieran si no quieren, pero que me respeten... porque si no, no eres nadie...

GARCÍA

Tú no eres nadie -le digo entre dientes, pero no me oye.

LÁZARO

he ido a verlo y estaba con los tubos puestos y la barriga abierta... como le he dicho... eso es lo que vale una bofetada a este cojo ¿ves?... si no fueras tan desagradecido... y se ha puesto a gritar y le he dicho todo lo he liado yo, ¿ves?... y echaba fuego por los ojos... para que veas que a mí nadie me trata así, que no soy un trasto viejo... y nadie más lo sabe... le digo te vas a acordar porque todavía viene lo peor... claro que podía evitarlo, pero no lo voy a hacer para que me respete, para que se acuerde de mí...

ahora te lo cuento porque estoy borracho, estoy tan borracho que te lo cuento todo

pero es como si tú no estuvieras... sólo yo... todo lo he hecho yo

allí no había más que una sombra y yo... que nunca supe de dónde salió la sombra... o si la puso allí Dios para que yo la matara... que la matara yo, que era quien la ayudaba en el bar... Dios es caprichoso, como los hombres...

la niña me mira... y dice, mira mamá, va vestido de negro... y veo la carita de la niña tan blanca como un Ángel... tan suave... y cuando parpadea veo la mariposa aplastada en el ojo de la niña tranquila que me mira con carita de Ángel... y la mariposa en su ojo... la mariposa negra y aplastada en su ojo... me da escalofríos... miedo

tengo frío... ¡como si temblara sólo de frío! es miedo... y sé que él me odia más ahora que lo sabe... y ya no podrá reírse de mí...

la niña me mira con su mariposa negra y gorda en el ojo y me veo subido en la barra con mi pierna colgando inútil y siento más frío... la barra está fría como cuando me rociaba con la manguera y el agua me tiraba al suelo y... yo... intentaba levantarme desnudo con la pierna en la mano para golpearlo con la pierna... colgando como un trozo vacío de carne... y volvía a caer y él me hería la carne con el agua que helaba mi corazón y ponía rígidas como chuzos mis tripas... y entonces él se reía y también el que iba con él cuando me pegó... se reían a carcajadas de mi cuerpo sin sangre... porque congelaba la sangre y la sangre se quedaba allí colgada como un chuzo de mi carne abierta y helada y yo...

GARCÍA

Tú no eres nadie.

- Ahora te lo cuento porque estoy borracho -dice.- He ido a verlo y se lo he dicho y él ha gritado y yo me reía de él, con la panza abierta...

Ha llorado, ha gimoteado, ha gruñido como un animal herido, ha ido abandonándose, rehuyendo las palabras en su postración de locura y desesperación.

Una sumisión imposible y una venganza triste y sucia.

Lázaro calla. En el silencio se oye el aire que burbujea entre sus mucosas, su tos seca se colma de esputos y temblores fríos, delira como un moribundo; hay en la habitación un aliento crudo y homicida, una bestial encarnación de las sombras, una llaga que se abre, que vocea al aire su miedo sin voz. Trago saliva ácida como hiel. Tumbado boca abajo no me ve cuando me acerco, hundida la cabeza en el colchón no quiere oír ni ver nada que no sea la negrura honda de su conciencia rota, ni ve tampoco la fría, brillante hoja de mi navaja; el cuarto gira sobre mí, un vértigo de miedo que me detiene, miro a Lázaro tendido, actúo con sordos movimientos; la rodilla en su espalda, rodeo su cuello con mi brazo, aprisiono la garganta que deja escapar un gemido, sus ojos relucen de ciego estupor cuando acarician la afilada cuchilla, apenas siente dolor, sólo después esa sensación de abandono o división, aún entre mis brazos, y la sangre que brota roja y espesa en una alucinación de vértigo, como si yo estuviera muy lejos, viéndolo todo desde un cielo helado, que mana y se expande sobre el colchón y las mantas con un silencio de espanto, crece y crece y ahoga su sollozo lento de borracho herido de muerte, la expresión que no comprende del todo, la debilidad de la mano que cae rendida.

Un sentimiento de fatalidad me atenaza y no puedo salir del cuarto; miro cuidadosamente mis ropas, como si me sorprendiera la mancha de sangre que hay sobre la cama, como si no tuviera nada que ver conmigo y temiera mancharme; limpio la hoja de la navaja en un hilo de agua que se hunde en el sumidero del lavabo con un grito gutural y ahogado, enjuago mis manos; miro a Lázaro; no puedo pensar; sólo sé que un bloque de hielo congela mi cerebro y mis movimientos.

Un olor de sangre sube lento en el aire sofocado de la habitación.

Me dijo: No quiero estar sola esta noche. He visto la sangre y tengo miedo.

Yo también he visto la sangre y tengo miedo.

La veo cuando me abre la puerta, con voz de dormida ha contestado y me ha preguntado que de dónde vengo. No sé lo que le digo, sólo que un momento después estamos los dos sentados en una habitación con mucha luz. La luz me hace daño en los ojos, los cierro, arrugo la cara como si toda ella me doliera infinitamente. Cuando los abro creo que tengo una tela de araña en el ojo y la veo a ella sentada,

con los brazos recogidos en torno a su pecho, el encaje del escote arrugado en el inicio de los senos, las piernas desnudas y los ojos soñolientos clavados en mí. Me pregunta que si quiero dormir aquí. Le digo que sí. Se queda callada un rato, mirándome. Me pregunta que si quiero dormir con ella. Le digo que sí.

No puedo amarla. No puedo cerrar los ojos. Si los cierro es como cuando se está borracho y la oscuridad gira con luces estrelladas. Y en esa oscuridad está Lázaro. Lázaro muerto y Lázaro matando. No puedo amarla. Tengo frío. Un frío tan hondo que sé que no se irá nunca. La abrazo y presiento que ya no me basta con mi carne y con mi sangre para calentarme. En el hondo silencio siento latir, al compás del suyo, mi corazón oscuro.